REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

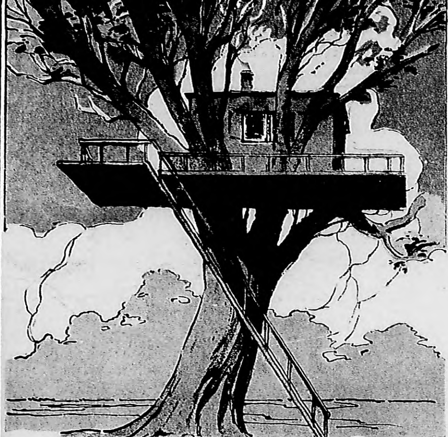
AÑO I — BUENOS AIRES MARZO 17 DE 1934 — No. 32

VISTO y OIDO ★ Baila sin Oír lo que Tocan ★ por PREMIANI





...l GRAN BAILARÍN ALEMÁN SPIEGEL ...ÉRPRETE de DANZAS EXÓTICAS, es ...SORDOMUDO de NACIMIENTO.-



En los EE.UU. ESTÁ MUY DIFUNDIDA la COSTUMBRE de APROVECHAR para CONSTRUCCIONES RURALES los ÁRBOLES.





En la FIESTA de la RECOLECCIÓN del GRANO en BUCKEBERG (ALEMANIA), las CAMPESINAS ACOSTUMBRAN ADORNARSE en ESTA FORMA.



En el CASINO de BUENOS AIRES SE JUGÓ UN ADMIRABLE MATCH de FOOTBALL ENTRE PERROS con CAMISETAS de COLORES.-



La BANCA FLORENTINA PERUZZI HIZO en el SIGLO XIV UN FUERTE PRESTAMO al REY EDUARDO IIIº de INGLATERRA. El DEUDOR NO PAGÓ NI PAGARON SUS DESCENDIENTES. Los HEREDEROS de PERUZZI SIGUEN RENOVANDO el PLEITO CADA 10 AÑOS, para EVITAR la PRESCRIPCIÓN de la DEUDA.-

EL CARANCHO: PATRON DEL CIELO DE LA PAMPA



ESTE pájaro, que combina los instintos rapaces del águila con los hábitos de alimentarse de cadáveres del buitre, ha tenido ya tantos biógrafos que parecería superfluo volver a ocuparse de él con alguna extensión, más acaece que pertenece a una de esas especies versátiles de las cuales siempre hay algo nuevo que decir y, por otra parte, disiento con el mote de innoble que generalmente le achacan los viajeros. Es muy probable que este pájaro varíe considerablemente en cuanto a disposición y hábitos, según las distintas comarcas habitadas por él. Me sorprendió en la Patagonia su aspecto abatido y su manera de actuar cobardemente acechante, tan poco parecido al congénere que había estado acostumbrado a columbrar en la pampa. Ultimé a algunos y todos estaban en una condición de miseria y aparentemente medio muertos de hambre. Se me ocurrió que en esa tierra fría y estéril, donde el botín es escaso, el Carancho está completamente fuera de su sitio; porque en esos lugares debe competir con águilas y buitres muy numerosos, quienes, estando casi fuera de lugar el decirlo, son, en sus actividades peculiares, más fuertes que el Carancho, de estructura más mezclada y menos especializada que la de aquéllos.

En la Patagonia y la Pampa

En la Patagonia es verdaderamente un "mísero pájaro", con muy poca garra sobre la existencia. Cuán distinto es él cuando se pasea por sobre el ilimitado océano de gramíneas, algo más al norte, donde se considera el señor de la raza avícola, porque las águilas y los buitres, que han menester de la montaña y del árbol para empollar y moverse con energía, no acuden aquí para hacerlo a un lado. Aquí el ambiente le es propicio y ha servido para desarrollar en él un espíritu maravillosamente temerario y salvaje. Cuando se le percibe encaramado sobre un hormiguero, parado muy erguido sobre el herbaje alto y plumoso, tiene una traza fina y noble, pero cuando vuela no es gárrido, porque las alas están muy malamente recortadas hacia las extremidades y el vuelo es bajo y poco airoso. El plumaje es negruzco en el pájaro adulto y marrón en el jovenzuelo. Los costados de la cabeza y el pecho son blancos, tirando al color crema; aquélla está señalada con puntos negros. La corona está adornada con una cresta o nudo terminal. El pico es más grande que el de las águilas y los buitres y su color es de un azul apagado; la garganta y las patas son de un color amarillo brillante.

Su designación

Esta especie se ha extendido por toda Sud América y desde el Paraguay hacia el norte se le designa con el nombre, si no me equivoco, de Caracara. Hacia el sur del Paraguay su nombre es sencillamente Carancho, posiblemente una corrupción del vocablo Keanché, la designación puelche por un pájaro aparentado a aquél titulado Milvago chimango, imitando su displicente aullido. El nombre indio del Carancho en estas regiones es Trarú (onomatopeya de su áspero aullido), mal deletreado por Molina, sacerdote español que escribió un libro sobre los pájaros de Chile en el siglo décimooctavo. De ahí deriva el nombre específico de tharus.

Vida en familia

El Carancho se aparea por toda la vida; a menudo viven y cazan en familias del padre y pájaros jóvenes hasta la próxima primavera, y en toda ocasión varios individuos se unen para atacar a su presa, pero ello no obstante no viven cerca unos de otros ni vuelan en bandadas. Cada pareja posee su hogar y su sitio de descanso, los cuales siguen usando por tiempos indefinidos, empollando en la misma rama y ocupando el mismo nido año tras año, y, entre tanto, los dos pájaros pueden verse siempre juntos y parecen encariñarse mucho el uno con el otro. Narra Azara que observó una vez a un macho arrojarse sobre un sapo y cargando con él se lo llevó a su cónyuge a título de regalo. No constituía el batracio frío, a buen seguro, una magnífica donación, pero el hecho en sí señala que en el pájaro hay algunas cualidades elogiosas que poco es dado el constatar en la familia de las aves rapaces.

En sitios desiertos he hallado tantos caranchos como en los distritos habitados, y después que un ciervo ha sido ultimado por los perros he podido observar hasta ochenta caranchos que lo despojaban de su carne en el curso de media hora, aunque previamente ninguno de ellos había estado cerca del sitio.

Su alimentación

Alcides D'Orbigny describe al Carancho como si fuera un parásito que viviera tanto del hombre salvaje como del civilizado, pues le sigue de continuo para apropiarse de los despojos de los animales salvajes o domésticos que aquél mata, y además considera que apenas podría existir sin este recurso. No cabe duda que el pájaro sigue al hombre y logra ventajas de su cercanía, pero esto es cierto tan sólo en comarcas muy escasamente habitadas, donde crecen tan sólo pastos o puramente dedicados a la caza, en las cuales una gran proporción de la carne de todo animal matado es dado a las aves del aire. Cuando acrece la población el Carancho se ve frente al destino de toda especie considerable, que es mirada por la gente como perjudicial a sus actividades.

Sin duda, el Carancho es adicto a comer carroña, pero creo, sinceramente, que lo es únicamente cuando carece de provisiones frescas; porque cuando se siente famélico prefiere comer cualquier cosa a dedicarse a considerar su propia dignidad o a sufrir verdadera hambre, como el águila nobilísima. He podido ver con frecuencia uno, dos o tres caranchos juntos posados sobre el suelo ante una columna de hormigas voladoras, regalarse insistentemente de los insectos caídos.

Para que el Carancho coma carne putrefacta es menester que sufra hambre. Sin embargo, le apetece extraordinariamente la carne recién carneada, y cuando se mata a alguna vaca en la casa de la estancia el Carancho acude presuroso para exigir su parte del botín y asiendo lo primero que encuentra lo levanta y se lo lleva antes de que los perros puedan privarlo de ello. Cuando ha alcanzado una altura de seis o siete metros, en el aire deja caer la carne de su pico y hábilmente la vuelve a tomar con sus garras, sin detenerse o aminorar su vuelo. Resulta en extremo curioso que el pájaro parece completamente incapaz de levantar cosa alguna desde el suelo con sus garras, haciendo uso, en cambio, de su pico invariablemente, aun cuando la presa es un animal que sería peligroso el alzar de esta suerte. Vi en una ocasión a uno de estos pájaros descender y agarrar a una rata desde una distancia de cerca de cuarenta pies, luego volar con su presa, que se agitaba y aullaba desaforadamente, a una altura de unos veinte pies, en seguida dejarla caer de su pico y volverla a agarrar donosamente con sus garras. Sin embargo, cuando va en pos de un pájaro y lo alcanza emplea siempre sus garras, como acostumbran a hacerlo otros halcones. Lo antedicho lo he observado con frecuencia y paso a narrar las siguientes anécdotas para demostrar que aún pájaros que uno supondría que estuvieran a salvo del Carancho son atacados por este último en algunas circunstancias.

Mientras deambulaba por un prado sin desmontar, cerca de mi casa, me encontré con una paloma que se estaba alimentando, y reconocí de inmediato que se trataba de una que había comenzado a volar hacía tan solo una semana antes; aunque un gran número de palomas estaban encerradas, el mentado pájaro era precisamente de un color blanco de lo más puro imaginable y durante el transcurso de mucho tiempo había estado procurando el conservar y aumentar las palomas de gran albura, pero seguido de muy poco éxito, pues los peregrinos, invariablemente, les hacían el blanco de sus ataques.

Un Carancho estaba revoloteando sobre mi cabeza, a cierta distancia, y en tanto yo permanecía extático observando y admirando a mi paloma se agachó hasta unas veinte yardas del suelo y permaneció volando sobre mí. Muy luego la paloma empezó a alarmarse y levantó el vuelo, a lo que el halcón comenzó asimismo a darle caza, empresa que imaginó probaría ser enteramente en vano. La caza duró medio minuto, evadiéndose la paloma fieramente, formando círculos, ora subiendo, ora precipitándose cerca del suelo, mientras el carancho la perseguía con vehemencia todo el tiempo. Finalmente, presa de un movimiento de gran terror, el pájaro perseguido voló hacia abajo, a una yarda de mis pies. Me incliné para agarrarla cuando, espantándose por causa de mi gesto, voló hacia arriba y fué apresada entre los talones de su perseguidor, muy cerca de mi rostro y arrebatada sin remedio.

En otra ocasión, el pájaro atacado fué un frailecito con espuela, el enemigo irreconciliable del carancho y un perseguidor persistente. Con sólo verle al carancho, el pajarito frailecito con espuela llega al paroxismo de la irritabilidad y volando en alto se apresuran a encontrarse en medio del aire, gritando fuertemente continúan persiguiéndole los caranchos hasta que abandona su feudo y luego vuelven a sus posesiones y colocados en forma de tres ejecutan danzas triunfales, acompañadas por notas estrepitosas que parecen golpes de tambor. Más si su odiado enemigo se posa sobre el suelo o en alguna altura cerca de ellos, revolotean a su alrededor y por turnos se precipitan sobre él violentamente y deslizándose cerca suyo dan vuelta el extremo de sus alas a fin de que la espuela parezca cómo si le fuera a raspar la cabeza. Mientras uno de los caranchos baja otros suben para renovar sus cargas y sigue esta persecución hasta que el frailecito se va o ellos se cansan de sus vanos esfuerzos. Sin embargo, el carancho hace poco caso de sus atormentadores, y es tan sólo cuando el frailecico se acerca mucho, con la intención manifiesta de taladrarle el cráneo con sus agudizadas armas, oculta prontamente su testa, después de lo cual vuelve a asumir su actitud de indiferencia hasta que tiene lugar el ataque del próximo pájaro.

El carancho y el frailecico

Mientras cabalgaba un día, un carancho me pasó, acompañado de unos treinta frailecicos, empeñados en sacarlo fuera de su solar, pues se aproximaba la estación de la cría, época en la cual su disposición a la irritabilidad está en su apogeo. De repente, en el momento que un frailecico pasó rápidamente y luego pasó por delante de él el halcón apresuró su vuelo de una manera maravillosa y fué visto en una arrebatada persecución de su perseguidor. Los aullidos coléricos e intimidantes de los frailecicos se transformaron instantáneamente en gritos penetrantes de terror, los cuales tuvieron la virtud, en breve transcurso de tiempo, de atraer entre doscientos o trescientos pájaros al socorro de la víctima. Ahora bien; pensé que el pájaro perseguido lograría escapar, pues se retorció todo y se dió vuelta rápidamente, como queriendo perderse entre sus compañeros, los cuales todos estaban revoloteando en una multitud compacta a su alrededor y chillando superlativamente.

Pero el Carancho no se dió por vencido; no estaba a más de un metro de su canela y yo estaba situado lo suficientemente cerca como para discernir los lastimeros gritos del frailecico perseguido entre todo un tumulto, como si se tratara ya de un pájaro cautivo. Al final de cerca de un minuto fué apresado entre las garras del carancho, y todavía aullando con violencia fué llevado a lo lejos.

Una verdadera bandada de frailecicos siguieron a cierta distancia más luego regresaron al sitio ominoso donde había tenido lugar la pugna entre los dos pájaros y durante el transcurso de una hora continuaron revoloteando en grupos separados, chillando todo el tiempo y destacándose entre los chillidos una nota insólita en sus voces, reveladora de temor o de pesar; además parecía que los pajarillos mantuviesen entre ellos un agitado cónclave acerca de la confusión que se hacía en sus mentes. Este sentir se manifestaba tal como en un número idéntico de seres humanos, influídos por una honda emoción causada por un hecho similar de alguna desgracia que los sobrecogiera de repente.

Ataca corderos y cochinillos

No es, sin embargo, frecuente que el carancho se aventure a atacar a pájaros adultos y vigorosos; sólo debemos hacer una excepción para el tinamu o el perdigón de Sud América. Devoran los caranchos preferentemente a corderitos tiernos y dolientes y a cochinillos que se han quedado rezagados de las madres respectivas; también atacan y matan a carneros viejos y débiles. Donde acaece algo inusitado a un animal o a un pájaro, el carancho lo averigua prestamente y es capaz de seguir a un cazador que va a la búsqueda de pájaros heridos, guardando con singular perspicacia la debida y segura distancia que lo separa de aquél. En una oportunidad maté a un flamenco, cuando su plumaje estaba aún coloreado de gris y tenía dificultades para atravesar el arroyo, sobre cuya ladera opuesta el pájaro herido trataba de huir a zancadas. En el transcurso de dos o tres minutos pasé el obstáculo y hallé a mi presa esforzándose por defenderse de los ataques de un carancho que se había propuesto devorarlo.

Este último golpeaba contra el pescuezo y el pecho del animal de una manera vigorosa y terminante; algunas veces desde arriba y otras apeándose ante su víctima y alzándose como un gallo inglés de pelea. Una pequeña mancha de sangre sobre el plumaje del pájaro herido, el cual tenía sólo un ala ligeramente estropeada, había sido lo suficiente para producir el ataque, pues, para el carancho, una simple mácula de sangre, un ala caída o alguna irregularidad en el continente de un pájaro, muy luego le informan lo que debe hacer.

Su agresividad

Cuando se reúnen muchos de estos pájaros se vuelven muy agresivos. Me refirió un amigo que mientras viajaba por el río Paraná, un cisne de cuello negro pasó ante su mirada vehementemente perseguido por tres caranchos, y yo también presencié un ataque de cuatro por cuatro pájaros de especies muy distantes entre sí. Estaba yo parado sobre la ribera de un arroyo, en la Pampa, observando una gran concurrencia de pájaros de todas las especies sobre el lado opuesto donde yacía una res muerta, caballo por más señas, cuyo cuero había sido quitado, descansaba a orillas del agua. De un centenar a dos de gaviotas con capucha y chos fueron los únicos que no se habían reunido alrededor del despojo, y muy cerca suyo una considerable manada de ibises vadeaba el arroyo, en tanto que entre este grupo se mantenía en pie un solitario airón blanco.

Dentro de poco aparecieron cuatro caranchos, dos adultos y dos más jóvenes, de plumaje color pardo, y se apearon cerca de la carcasa. Los jóvenes pájaros empezaron de inmediato a despedazar la carne, mientras que los dos pájaros más entrados en años permanecieron donde se habían apeado, manifestándose poco dispuestos a alimentarse de carne media podrida. Momentos más tarde, uno de ellos levantó el vuelo y arremetió contra los pájaros que estaban en el agua e instantáneamente los pájaros levantaron el vuelo chillando estrepitosamente; los dos caranchos fueron los únicos que no inmutaron. Durante algunos momentos quedé perplejo ante toda esta algarabía y lo que ella pudiera significar, cuando de repente, de entre la confusión de la bandada de pájaros que habían volado, apareció el mentado airón, subiendo verticalmente con vigorosos aletazos bien medidos. Momentos después, uno de los otros caranchos también emergió de la bandada, en actitud evidente de perseguir al airón, y sólo entonces los dos pájaros pardos se hicieron al aire y se agregaron a los cazadores. Por espacio de algunos minutos pude observar a los cuatro pájaros volando hacia arriba en forma de zigzag, mientras que el airón, elevándose en sentido vertical, parecía dejarlos atrás sin remedio. Más poco tiempo después los caranchos lo alcanzaron y lo pasaron, y en el acto de hacerlo cada uno de los pájaros se daba vuelta y atacaba al airón con sus garras y en tanto uno de ellos bajaba los otros subían con la mayor regularidad en los movimientos. De esta suerte continuaron su persecución hasta que el airón pareció tan solo una manchita blanca sobre el firmamento y alrededor de la cual giraban cuatro odiosos puntos negros.

La muerte del airón

Los había estado observando desde el comienzo con el mayor embeleso y ahora empezaba a temer que los pájaros desaparecerían de mi vista, dejándome en la ignorancia de los resultados de la contienda, pero al cabo de un espacio de tiempo empezaron a descender y entonces los sucesos parecieron decidirse en el sentido que el airón hubiese perdido toda esperanza de vivir, pues caía rápidamente, mientras los cuatro caranchos estaban muy cerca de él golpeándolo fuertemente cada tres o cuatro segundos. El descenso durante la segunda mitad de la distancia fué excesivamente rápido y los pájaros se hubieran apeado en casi el mismo sitio de que partieron, sito a unas cuarenta yardas de donde lo estaba observando, pero el airón fué conducido a un costado y cayendo rápidamente tocó tierra, a una distancia de unas doscientas yardas del punto de partida. Apenas hubo aterrizado cuando el hambriento cuarteto se precipitó a desgarrarlo con sus picos. Todos parecían igualmente famélicos y acaso los pájaros de más edad tenían aún más hambre que los jóvenes, y no me cabe duda de que si la carcasa del caballo muerto no hubiese estado en un tramo tan avanzado de putrefacción los caranchos no habrían intentado la captura del airón.

He observado tan a menudo este caso de un pájaro de color puramente blanco el ser señalado para atacarlo en esta forma que me ha llamado siempre la atención cómo pueden verse con vida las especies hasta comunes de las garzas, cuyo colorido es blanco níveo en la América del Sud, pues su albura excede a la de otras aves acuáticas, en tanto que, comparadas con los cisnes, las cigüeñas y los ibises, son pequeñas y febles. Estoy seguro de que si los cuatro caranchos hubieran atacado a un ibis de la clase de los lustrosos habría resultado para ellos una conquista más fácil de hacer. Sin embargo, tengo para mí que se particularizaron con el airón únicamente por el motivo del albo brillo de su vistoso plumaje. Esta pugna entre pájaros fué un espectáculo soberbio y me felicité el haber podido presenciarlo, aunque terminó trágicamente para el pobre airón. En otro caso similar de un ataque de caranchos en conjunto no había cosa de que extrañarse sino es la inteligencia puesta en juego por los pájaros al combinar sus golpes y si mucha tela para que la mente se rebelase en contra de la ferocidad y ceguera destructivas reveladas por la naturaleza en los instintos de sus hechuras. La escena que paso a referir fué atestiguada por un viejo gaucho, que es muy caro amigo mío y, además de ello, un buen observador de la naturaleza.

Un asalto

Transcurría el verano y en tanto cabalgaba por un camino de herradura situado en un llano cubierto de una densísima vegetación de cardos gigantescos, de nueve a diez pies de altura, cuando percibió a alguna distancia, delante suyo, a varios caranchos rondando sobre ese sitio, y de inmediato se dió cuenta que algún animal de gran tamaño había caído allí o que algún cabalgante había sido arrojado de su caballo y yacía tendido y herido entre los cardales. Al avecinarse al sitio halló allí un espacio abierto de unas cuarenta yardas de diámetro, rodeado de una densa pared de apretadas plantas de cardos y por encima de este lugar volaban caranchos, mientras que otros, estacionados en la vecindad, esperaban al parecer, que algo extraordinario acaeciera. Lo que tanto llamaba la atención de los pájaros era un gran ñandú macho descansando sobre el suelo, y cobijando bajo sus alas extendidas una cría de menudos pájaros. No pudo contarlos mi amigo e informador pero creo que no pasarían de treinta de ellos. Eran muy tiernos, apenas si habían descascarado hacía un día. Tan pronto como se halló en el nido, el viejo ñandú se incorporó, y con la cabeza gacha, agitando el pico, y abriendo sus alas a la manera de un velamen, se abalanzó hacia él; su caballo se espantó sobremanera, y se esforzó por ganar la masa nutrida de cardos, haciendo casi imposible pudiera mantenerse el jinete sobre su cabalgadura. Algo más tarde el ñandú le abandonó, y echando una mirada hacia su nido se admiró de ver que todos los polluelos corrían desaforadamente, en diversas direcciones, mientras les perseguían los caranchos, volteándolos y matándolos sin piedad. Entretanto el anciano ñandú se movía frenéticamente de un lado para otro empeñándose en salvar a su cría, mas los caranchos cuando dejaban a uno de los ñanducitos, caían sobre otro de los que caminaban a unas yardas más allá; y, como por otra parte estaban empeñados en esta tarea unos cinco caranchos, la matanza seguía su curso con intensidad. Mi amigo, que había estado batallando en vano para dominar a su caballo, se vió constreñido de abandonar el lugar, y no se mezcló más en el asunto para ver el desenlace de la tragedia en la cual había intervenido contra su voluntad; pero antes de partir vió que por lo menos la mitad de los pichones habían muerto, y que todos ellos estaban desgarrados y sangrando sobre la parte del pescuezo inmediatamente después de la cabeza; en algunos casos pudo constatar que la cabeza había sido completamente segada.

El carancho y la perdiz

Cuando los gauchos quieren apoderarse de la perdiz llamada Tinamús atraen a los caranchos para que los ayuden en la tarea. El cazador tiene en la mano una larga caña delgada, en cuya extremidad existe un pequeño nudo corredizo; cuando avista a la perdiz corre tras ella en forma de círculo hasta que el ave se acuclilla cerca del pasto; entonces acorta los círculos el cabalgante y amengua el andar, en tanto extiende la caña y la baja gradualmente sobre el ave despavorida hasta que el nudo cae sobre su cabeza y es apresada de esa suerte. La mayor parte de las perdices no se entregan en esta forma tan fácil y franca; si este cazador con trampa mantiene un carancho revoloteando en su vecindad arrojándole de cuando en vez alguna molleja de ave, se asusta de tal modo la perdiz más cautelosa que se conserva tranquila y permite que se le captu[illegible] del celo los caranchos a me[illegible] do combaten entre sí; y algu[illegible] veces, cuando la pelea tiene [lu]gar a una gran altura, los combatientes se prenden de cierta manera y caen estrepitosamente a tierra. Mas en todas las contiendas que me ha sido dado presenciar, los pájaros no se han cegado al punto en su l[illegible] como para no separarse momentos antes del aterrizaje.

Una Sentencia Capital

Al lado de estas contiendas singulares, a que se arriesgan los celosos machos en la época del celo, existen disenciones frecuentes entre los caranchos cuya causa sería difícil de determinar. En estas ocasiones así como cuando van de ca[illegible] los pájaros se combinan pa[ra] castigar al agraviador, y en [illegible] pocos casos, el castigo [illegible] ca la muerte.

Un extraño [illegible]

El vocear del [illegible] cesivamente fu[illegible] [illegible]able; está co[illegible] nota breve [illegible] "c[illegible]ruk", re[illegible] después [illegible] hal[illegible] com[illegible] sacud[illegible] hasta [illegible] sobre [illegible] de lado [illegible] cho ge[illegible] y penet[illegible] poder. Est[illegible] carancho, [illegible] cie avícula [illegible] con fuerza [illegible] la rabia vio[illegible]

Su [illegible]

Este pájar[o] [illegible] dentro de una [illegible] de situaciones: [illegible] les, cuando los ha[illegible] bre la pampa desnu[da] [illegible] vista de árboles, que [illegible] cho se encuentra a sus [illegible] aquí le hace sobre el su[elo] [illegible] veces entre pastizales al[tos] [illegible] otras escoge un sitio, que le es muy de su agrado, una minúscula isla o terraplén que surge del agua. Cuando la pareja ha seleccionado un lugar apropiado continúa utilizándolo durante muchos años consecutivos. El nido está constituído por una amplia y descuidada fábrica de estacas, mezcladas con huesos, trozos de piel, estiércol disecado, y cualquier objeto de que el pájaro pueda echar mano para aumentar la masa de su vivienda. Los huevos se hallan de tres o cuatro, más bien la última cantidad que la primera; son ligeramente ovalados, y varían grandemente en cuanto al color y marcas, algunos de ellos ostentan manchas irregulares de color rojo obscuro sobre un fondo color crema, mientras que otros se ofrecen enteramente de un color rojo tirando al marrón acompañado de algunas señas negras y borrones.

DESCRIPCION: Marrón obscuro con rayas blancas [illegible] las alas y la cola, blanco grisáceo con [illegible] grises amarronadas y puntas negras [illegible] [illegible] la garganta y los costados de la cabeza, blanco amarillento; el pico amarillo; el pescuezo, anaranjado. Ambos sexos son iguales.

POR GUILLERMO E. HUDSON

ILUSTRACION DE ARISTIDES RECHAIN

El Juez de los Divorcios

JUEZ: No lloréis, señora: bajad la voz y enjugad los lágrimas, que yo os haré justicia".

CERVANTES (El juez de los Divorcios)

por Salazar Chapela

ILUSTRACION DE ROJAS

BONITA. Con no más altura que la indispensable para la expresión de unas formas suaves, sólo puntiagudas a la altura del pecho. Blanca, rubia. Con un vestido en manera alguna ajustado, pero suficientemente feliz en la glosa sin palabras, negra y de seda, tan imprecisa como evidente, del tronco y las extremidades; particularmente del tronco... Así se presentó con su marido, su primer marido, la primera vez. Era él un ejemplar maravilloso de hombre: alto, fuerte, guapo; de modo que hubiera sido utilísimo, según la perfección de sus formas, como camarero de casa grande. No era esta su profesión: era un ingeniero de puentes, acaso con un cerebro solidísimo de cemente armado, cuya mejor virtud no extravagaría un milímetro, a juzgar por sus razonamientos, de las matemáticas elementales.

—No hay otra solución. Es imposible. No se puede vivir así — exclamó el atropellado, disculpándose ante mis ojos.

Ella no dijo nada. Aparecía como en la más familiar de sus visitas, preocupada en último término consigo misma, y muy particularmente con sus extremos inferiores o sean sus pies, que avanzaban rectos, cruzadas las piernas, en puntas tan agudas...

—Naturalmente. Es la puerta de escape. Es la reparación. Es la reconquista de la personalidad — dije eufórico y comunicativo, a semejanza de otras veces, pero ahora deseoso como nunca de lograr cierto equilibrio, aunque sólo fuera momentáneo, en aquella pareja —. Antes se decía: el peor concierto matrimonial es preferible al mejor divorcio. Ahora se ha descubierto lo contrario: el peor divorcio es preferible a la más perfecta unión. ¿Por qué no, señora? Se va al matrimonio con una capacidad limitada de convivencia. No de otro modo que como se va a un concierto, se emprende un viaje, se acude a una cita: con una capacidad física, material. Agotada aquella reserva de convivencia, el matrimonio es sólo su sombra, o sea su forma: dos cuerpos en la órbita de unas habitaciones, en el círculo de unas amitales, en la falsilla de diálogos, exclamaciones, bostezos... Ahí tienen ustedes. El divorcio es la reparación, la vuelta a la personalidad. ¿Qué importa que haya que pagar a un abogado diez mil, quince mil pesetas, si por esta insignificante factura el hombre y la mujer recobran lo mejor de sí mismos? Por otra parte, y en las circunstancias de ustedes, la factura no asciende a tanto: es un caso clarísimo.

—¿Clarísimo? Nada de cuanto ha dicho mi marido es verdad. todo es un pretexto. Yo ignoro los verdaderos motivos.

Dijo ella esto sin acritud. Miró a su marido, me miró a mí después; anduvo un momento como preocupada por su bolso, sus guantes; alzó al cabo sus ojos claros hacia un óleo asentado en una librería; pareció esperar.

—Pero aquí no se trata — expuse con una de mis entonaciones más suaves y persuasivas — de que sean o no pretextos las afirmaciones de su marido. No es eso. Se trata tan sólo de saber si usted acepta estos pretextos; por tanto, su fuerza jurídica; por tanto, el divorcio.

—¿Cómo no he de aceptarlo? — exclamó ella de nuevo, sin pena ni gloria, pero tampoco indiferente.

—Entonces — continué — todo está hecho. También en el divorcio puede existir limpieza de conducta, fidelidad. También puede haber en el divorcio colaboración, la cual consiste en aceptar en tales casos la no conformidad conyugal de una de las partes. ¿Acepta usted la no conformidad de su marido?

—Evidentemente — respondió ella sin titubeo.

—De esta suerte, no me cabe otra cosa que tramitar la separación. Por otra parte, si su marido un día, en el rincón de un club o en el antepalco de un teatro, me hace confidencia de sus verdaderos motivos, ello será mero desahogo amical. Nunca argumentos extrictamente jurídicos. En buena parte de los divorcios, hay que elevar los motivos divorciativos (siempre delicadísimos) a la altura de los motivos legales. ¡Y la vida es tan varia, tan amplia, tan rica, tan intrincada, tan original! Hombre, hay que se divorcia porque su mujer es demasiado hermosa, o demasiado inteligente, o demasiado elegante, o demasiado apasionada, o porque su mujer tiene una de esas pieles tan finas y resbaladizas, tan lubricadas por suaves, que su contacto produce un a modo de pavor a lo increíble, a lo divino... ¡Y cómo esgrimir como motivo de divorcio estas evidentes virtudes! Aquí la necesidad de la mentira jurídica, tanto más digna de atención cuanto que oculta una verdad indubitable: la imposibilidad de un connubio feliz.

Guardé silencio. El ingeniero dijo entonces, asido a la primera parte de mi discurso:

—De manera que usted tramitará nuestro divorcio con los motivos que le expuse...

Asentí con la cabeza, pero mirando a ella, pues temía a la sazón un respingo del instinto de conservación del marido, tan frecuente en semejantes ocasiones. No hubo tal. Ella se levantó primero; él se levantó después; ambos se despidieron a un tiempo, armoniosos y correctísimos, como en el más amable de los mundos. Eso fué todo.

★

Muchos asuntos de esta suerte tengo al cabo del año. De modo que ya no me acordaba de Teótica (porque la señora del ingeniero, la divorciable dama rubia, se llamaba Teótica), cuando la vi aparecer de nuevo en mi despacho. Venía con otro, su nuevo marido. No era este un hombre por completo feo; algo peor: era un hombre insignificante. Menudo, moreno hasta el indianismo, excesivamente recortado, recordaba este nuevo marido de la rubia, con sus hombreras demasiado angulosas, el maniquí estupidizado de un escaparate de extraburgo. Ella, Teótica, había crecido. Quiere decirse que habían aumentado en ella sus dobles poderes de irradiación y atracción. Esta vez representaba su figura elementos sobremanera violentos: una llama o un grito, por cuanto ninguna de sus extremos se resignaba a permanecer en penumbra. Sin duda, era ello obra directa del sol, la arena de una playa, el mar. Otoño; acababa de regresar Teótica de un litoral inmediato, la carne apretada y satinada, los cabellos húmedos por las olas, los movimientos dichosamente joviales, la frente, los brazos y el escote marinos.

Como en la ocasión anterior, ella se acomodó en el mismo sitio. Y como el marido anterior, este de ahora comenzó la exposición de sus motivos divorciativos, a todas luces inventados, para acabar en un tono no tanto de queja como de disculpa:

—No hay otra solución. Es imposible. No se puede vivir así.

—Naturalmente — exclamé en este punto —. Es la puerta de escape. Es la separación. Es la reconquista de la personalidad. Antes se decía: el peor concierto matrimonial es preferible al mejor divorcio. Ahora...

—¡Perdón! — me interrumpió Teótica, no sin visible impertinencia, en llegando a este extremo —. Estoy conforme con los pretextos de mi marido. ¿A qué hablar más?

Comprendí las razones que asistían a Teótica para no oír nuevamente un discurso que ya hubo escuchado por entero, con ocasión de su primer divorcio, una vez. Resumí la situación en dos palabras y asintió el matrimonio; ajusté las cuentas pertinentes... Poco tiempo después, no más de dos meses, Teótica y su marido quedaban a la perfección separados.

Pues bien: tres veces vi a Teótica, con tres maridos diferentes, después de este último marido insignificante. Con la particular circunstancia que no disfrutó ella de cada uno de estos varones más allá del tiempo legal para entablar nuevo divorcio. El hecho nada tendría de extraño si hubiera sido Teótica, con las necesidades de experiencias vitales a que propendía su humanidad — particularmente la movilidad de sus manos, la amplitud de su boca, las ventanillas despiertas, alertas, como olfateadoras impenitentes, de su nariz — quien hubiera impuesto estas inmediatas sustituciones de un hombre por otro. No era Teótica: eran los maridos, algunos realmente risibles, todos inferiores a ella, quienes se separaban de Teótica. Daban ellos impresión inconfundible de escapar... ¿Y por qué? El tercer marido de Teótica era un boxeador de poca monta, aunque algunos de sus certeros puñetazos le habían valido en poco menos de un lustro — el tiempo exacto de su apogeo muscular —, millón y medio de pesetas. Alejado por siempre de las delicadas emociones del ring, este boxeador buscó una mujer, Teótica o cualquiera, con el mismo espíritu propietario con que requirió criados, caballos, perros; con el mismo espíritu propietario con que adquirió un formidable coche, un hotel. Pero si es cierto que este boxeador estuvo dispuesto a conservar su casa, sus criados, sus caballos, sus perros, no le ocurrió lo propio con su mujer: la trajo a poco a los brazos de mis butacas, sin haber sabido de ella otra cosa que sus particularidades exteriores: su forma, su color ,el suave metal de su garganta...

A semejanza de sus antecesores y sucesores, este marido boxeador, tercero de la serie, esgrimió motivos legales inventados. Accedí. Mas, fué entonces, acaso por un mohín involuntario de Teótica, cuando mi atención hacia el caso devino curiosidad. Entendámonos: devino curiosidad purísima, sin duda compasivta, hacia aquella mujer sistemáticamente despreciada. "Si vuelve otra vez, me dije "in mente", no dejaré de averiguar los verdaderos motivos, la verdad".

Y volvió. Esta vez con un joven muy joven, un imberbe con la tez femenina de puro inmaculada, un angel casi, cuya proximidad a la infancia lo hacía en extremo atolondrado por tímido. Y aquí lo extraño: quizás pudo más mi egoísmo económico que mi curiosidad desinteresada; acaso fué mi hábito profesional, inclinado de continuo a la discreción; posiblemente cierto terror subconciente, inconfeso, a palpar con mis propias manos la intimidad espiritual de una rubia tan rubia, cuya gracia se mostraba inestable... No sé. Pero es lo cierto que dejé escapar esta ocasión, acaso la ... para quedarme con un malestar ... inconfundible. Con un malestar inconfundible, gástrico, de remordimiento...

—No. No basta pronunciar en este caso la palabra adulterio — dije enérgicamente. — No basta. Se necesitan pruebas, testigos.

—¡Ah! Pero yo lo corroboro, lo afirmo — replicó ella, Teótica, en actitud evidente de facilitar el divorcio.

Estaba la rubia nuevamente ante mí, con otro marido a su derecha: Un cuarentón rozagante, sanguíneo, rollizo, ovoidal, cuya dorada cadena, tendida de bolsillo a bolsillo, le acariciaba la panza por sobre los picos del chaleco. A su lado era Teótica una pura encarnación poética, un ensueño visible, audible, palpable; una mujer evidentemente vestida, pero cuyo vestido liberal, no tanto exegético como ceñido, proclamaba sin ambajes frases perfectas, formas de una retórica por demás contenida, apretada.

—Todo es cuestión de precio — dijo el marido.

—O de moral — repliqué con evidente desdén.

—O de tramitar el divorcio en otro sitio — agregó Teótica levantándose.

Sentí que perdía terreno, el "asunto" y la dama: la minuta y el secreto a descifrar de aquella mujer tan admirable como divorciable. Me batí al punto en retirada:

—Siéntese. Usted sabe que le serví cuatro veces. ¿Por qué no he de atenderle esta vez? Lo que acontece nada tiene de extraño... Un abogado debe conocer la verdad auténtica de sus clientes... El defensor de un homicida pregunta siempre al homicida la verdad exacta del homicidio. Precisamente necesita conocer esta verdad en sus pormenores para negarla en público. Su marido de usted arguye un adulterio... ¿Por qué no decirme el verdadero motivo del divorcio, si soy de ustedes en esta coyuntura el defensor, el confesor?

—¡Ah! Si es por eso — contestó Teótica sentándose — pregunte a mi marido.

De ningún modo — exclamó el marido —. Pregunte a mi mujer.

Un tanto perplejo. dí al cabo con la solución oportuna, interviniendo con lentitud:

—Comprendo lo doloroso que suele ser a veces la confesión. Necesita siempre reposo, particularmente soledad. ¿Por qué no viene usted mañana — le pregunté al marido — a mi club? Hay en él rincones, verdaderos confesionarios.

—No. Gracias — replicó el marido con desagrado —. Nada podría explicarle. Acaso ella pueda ser más explícita que yo.

Los ojos de Teótica se animaron deliciosamente en este punto.

—¿Y usted? — le pregunté a ella.

—Cuando usted quiera. Donde usted quiera.

¡Ah!

Y así fué como me vi a solas con Teótica, no en mi club, sino en "Saralevo": una mixtura maravillosa de bar, sala de concierto, peluquería, piscina, cine etc.

De modo que cuando apareció Teótica y se sentó a la vera mondada, aunque vestida, y tuvo la amabilidad de envolverme con su atmósfera astral, con su olor, y la música atacó las espirales susomentadas, largas y fracasadas, siempre directas hacia el plasma vivo de mi personalidad personal, y las luces de "Saralevo" iniciaron su flirt lumínico, rojo, verde, azul, con las paredes de oro y grana... De modo que cuando aconteció todo esto, quedé de súbito manumitido o purgado de mi curiosidad irónica, abstracta, quiero decir jurídica, para situarme frente a Teótica por completo sencillo. Como transparente. Natural y espontáneo.



¿Qué fueron aquellas tres horas? El más hábil de los escritores, de reproducir nuestra conversación, no haría otra cosa que una página insípida. Constituyeron el diálogo esas grageas, esas bagatelas de preguntas y respuestas, de observaciones y devociones, con las cuales se mantiene lo esencial de una situación, o sea la permanencia en la situación misma. Sólo diré que al cabo, ya en la calle, Teótica convertida de nuevo en fruta con piel, me dijo ella en el propio filo de la acera, esperando el coche que se aproximaba, con los ojos entornados, apagados:

Nada me has dicho de mis divorcios.

—¿Para qué? Eso sería interesarme por el ingeniero, el hombre insignificante, el boxeador, el imberbe, el burgués.

Subimos al coche.

—¿De veras — me preguntó ella de nuevo — no te interesa nada de eso?

—Como no me interesa ningún objeto que abandones.

—Pero no soy yo quien los abandono. Son ellos quienes me abandonan a mí.

—¡...!

—Me abandonan ¿sabes por qué? Porque se aburren. Esta es la verdad.

Debí hacer un evidente gesto de turulato, puesto que Teótica no pudo por menos de preguntarme:

—¿No te aburrirías tú?

—De ningún modo — contesté absolutamente convicto, pero no tierno.

—Te aburrirías tambien.

—Nunca. Lo que me gusta no me cansa.

Fué mi entrada en el desfiladero de las Termópilas. Cierta reciedumbre espartana (la propia fuerza corporal de Teótica) y cierta gracia helénica (los ojos de la misma implume, ojos ni marinos ni terrestres, sostenidos en un tinte verde litoral, posiblemente de acantilado) cayeron sobre mí, persa a la sazón. Aún tuve una reserva frívola para debatirme media hora en el coche, aunque me sentía perder palmo a palmo, y ello sin dolores quirúrgicos, los últimos restos de mi personalidad personal. Al final del trayecto, estaba sobradamente concluso el cuadro de mi posición en el globo: "Un hotel en la Avenida de Exojo. Una planta baja, salas y despachos para mi vida profesional. Un piso inmediato para la doble existencia social y nutritiva — con su comedor en el centro. Ultimo piso, alta cámara, destinado al pudor".

—¿Permite este clima el limonero? — me preguntó Teótica.

—Sí, — contesté —, aunque jamás había parado mientes en las propiedades del clima.

—Pues tendremos un limonero. No. Tres limoneros .No. Una fila larga de limoneros.

★

Debo una explicación ineludible. Tres años ha que vivo en la Avenida del Exojo, a la altura del número 42, desde cuyo lugar ofrezco a ustedes, los matrimoniados, mis servicios. No olviden que el divorcio es la puerta de escape, o sea la reconquista de la personalidad, la reparación. ¿Qué importa que haya que pagar a un abogado diez mil, quince mil pesetas, si por esta insignificante factura el hombre y la mujer recobran lo mejor de sí mismos?

Pero vivo con Teótica, eso sí. Con la particular anomalía que no he logrado descubrir aún, en tres años de convivencia teótica, los misterios del ingeniero, el hombre insignificante, el boxeador, el imberbe, el burgués. ¿Qué no podían resistir de Teótica tan ilustres varones? ¿Acaso su personalidad personal? ¿Quizás la suavidad de su piel, tan fina por resbaladiza, tan lubricada por suave, que su contacto produce a veces un a modo de pavor a lo increíble, a lo divino...? ¿Quizás repugnaban de ella misma, la suma de sus propiedades musculares, el fluir de su temperamento, su condición de agua en movimiento continuo, sin fin, equívoco, transparente? Quizás. De todos modos, es seguro que ninguno de aquellos varones hicieron justicia — lo que se dice hacer justicia — a Teótica. ¿Por ceguera? ¿Sordera? ¿Falta de olfato?

—¡Ah! No se olviden: Necesito mucho dinero: Avenida de Exojo 42. Hotel.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks










A TRAVES DE LA VENTANA







LA TUNDA MISTERIOSA









EL DIVINO FRACASO









El Hombre de Mano Grande

★

ESA noche, Nopi estaba acostado con la cara hacia el espejo, cosa rara en él.

No podía ver los rasgos del hombre, sólo una mancha negra en lugar de la cara. Pero vió la mano del hombre, enorme, en apariencia deformada. Esa mano lo fascinaba. Nopi yacía quieto como un ratón, apenas respirando, y con ojos entornados seguía el movimiento de tanteo de esa mano por la cama. Inmensa, la mano parecía que ocupaba [illegible] de Nopi excluyendo [illegible]. Casi ni se le ocurrió qué haría ese extraño intruso en su cuarto a esa hora de la noche. Esa consideración parecía de secundaria importancia. Era la mano que lo atormentaba, colosal, sin forma, como alguna mano estranguladora en una sudorosa pesadilla.

Pero Nopi no soñaba entonces. Nunca había estado más despierto en su vida. Y, sin embargo, no había oído nada cuando la puerta fué abierta, ni su instinto le había advertido tal presencia en el cuarto. Fué sólo el reflejo en el espejo oscuro que le relampagueó la súbita alarma a su cerebro.

Entonces, con el silencioso movimiento de ese reflejo, percibió otra cosa curiosa. El hombre —de todos modos supuso que era un hombre— sólo tenía un brazo. Nopi podía ver ahora la manga suelta y floja. El brazo izquierdo estaba cortado al ras del hombro.

Nopi sintió derepente que el sudor le reventaba por todos los poros del cuerpo. Por un instante algún extraño y supersticioso terror lo agarrotó, le impidió respirar. Locamente, en pánico indecible, luchó contra eso. Alzándose, sus labios abriéronse para gritar contra la horrible cosa. Pero antes de pronunciar nada oyó un gruñido salvaje y blando, como de una bestia airada, y algo cayó crujiendo sobre su cabeza. Con un gemido rodó sobre la cama de espaldas, y una instantánea completa negrura lo envolvió.

Cuando Nopi reabrió los ojos era pleno día. Al lado de la ventana estaba de pie un hombre de cara cuadrada con galerín hacia la nuca y un cigarro apagado colgando de un rincón de los labios. Nopi yacía mirándole con [illegible] terca.

—Bueno —dijo el hombre del galerín con voz perezosa y amable—. ¿Va mejor?

Nopi hizo una mueca de humor sarcástico. Ya había encontrado antes al inspector detective Markham, de Scotland Yard. A veces el encuentro había sido amistoso, pero otras veces no.

—Es inútil querer encajarme en este asunto de Notting Hill —le informó Nopi agradablemente—. Tenía intención de dar una mano, pero al último momento decidí dejar. ¿Sabe?

Markham tomó una silla y se sentó al lado de la cama, con sus brillantes ojos azules fijos en la cara de Nopi.

—¿De dónde le vino ese porrazo en la cabeza? —inquirió casualmente.

Nopi se torció y dió vuelta en su cama y se escrutó en el espejo. Tenía la cabeza vendada. Le latía de modo abominable.

—¡Quién adivina! —gruñó—. Calculo que he tenido que hacérmelo yo mismo en una pesadilla o algo así.

Markham sonrió a medias.

—¿Supo Vd. —preguntó— que aquí hubo un asesinato anoche?

como pinchado—. Vd. bromea, me parece.

Markham afirmó con la cabeza.

Nopi pareció aliviado.

—Oh, ya vea. Pensé que usted decía que...

—Fué con pistola automática, —Markham continuó en ese modo haragán suyo— con un silenciador patentado, me figuro, y el tiro se disparó de la ventana de este cuarto.

El corazón de Nopi omitió un latido. Quedó mirando la cara suave, algo interrogativa, de Markham.

—¡Buen Dios! ¿No quiere colgármelo a mí, no? ¿Quién fué la víctima?

—Una muchacha —dijo Markham blandamente—. Pasaba por el farol bajo esta ventaja cuando tiraron; le pasó el corazón.

—Ya veo. —Nopi se forzó a hablar con calma—. Me doy cuenta que esto me pone entre la espada y la pared, como es el dicho.

—Bueno, si yo hubiera estado en el asunto de Notting Hill anoche...

La sonrisa de Markham se hizo más expansiva... y misteriosa.

—¿Pensando una coartada, eh, Nopi? ¿Si hubiera estado en Notting Hill, no habría podido estar aquí anoche? Bueno, es bastante verdad. Pero no se aflija por eso, amigo. Ya tenemos en cafúa a Pepe el Temblador y a Walker el Melena. Atrapados in fraganti. Así que esto lo deja fuera de lo de Notting Hill, de cualquier modo.

—Sí, y me mete en algo ¡maldito sea!, peor; —dijo Nopi impaciente—. ¡Creo que usted debería saber que no usé un arma de fuego en mi vida!

—Ya sé —aprobó Markham, quieto—, de otro modo ya lo estaría encerrando, Nopi. Pero eso es un punto solo. Tengo mi propia idea sobre quién hizo el disparo anoche. Y espero que usted podría ser capaz de ayudar. Por ejemplo... —indicó la cabeza vendada de Nopi— me gustaría saber cómo consiguió eso, mi hijo. Vine aquí hace una hora y lo encontré. Había sangre en la sábana. Yeeves, el médico de policía, hizo el vendaje.

—¿Cómo sabe que la bala salió de mi ventana? —demandó Nopi, resentido.

—Fácil, Nopi. Cuestión de ángulo... y dirección. Yeeves lo resolvió pronto. La bala salió de aquí. Le doy mi palabra que es así. ¿Quiere decir algo ahora?

—¿Qué diablos cree que yo sé de eso, entonces? Sólo porque tuve una o dos condenas por hurto y asalto a domicilio, usted...

—No se ponga así, Nopi. No trato de culparlo a Vd. Le doy mi palabra que no. ¿Pero qué clase peculiar de amigo tenía usted aquí anoche?

Nopi estaba mudo, mirando fijamente al cielorraso. Markham se estaba quieto, sentado, con la haragana sonrisa todavía en los labios.

—Podía haber sido un hombre —de repente exclamó Nopi—, pero más me pareció un monstruo... o un demonio.

—¡Vamos, vamos! —dijo Markham bruscamente, perdiendo su amabilidad—. ¡Nada de monstruos y demonios y cosas de esa clase! ¿Cómo era el hombre? ¿Lo vió claro?

Nopi negó con la cabeza.

—Sólo vi su reflejo en el espejo del armario, —replicó un poco malhumorado—. Era oscuridad negra. Había estado despierto en la cama, supongo, durante horas, pensando cosas... bueno, eso no importa, de cualquier modo. No oí la puerta ni ningún otro ruido. Pero, de repente... yo miraba el espejo, ¿comprende?, vi una forma que se movía por el cuarto. Era borrosa, la cara, por lo menos. No pude ver cómo era, la cara, digo. Pero pude ver bien el contorno, y una de las manos. —Nopi miró la atenta cara de Markham—. Primero creí que tenía malos sueños. Vi una mano enorme, mano tremenda. No creo haber visto otra tal mano en mi vida... no en un hombre, de todos modos. Y no parecía tener tampoco forma. Los dedos eran como unas ampollas, dos dedos por lo menos. Era una mano como cinco veces mayor que una común que hubiera sido aplastada o deformada o algo por el estilo. Ya me aprontaba a dar el salto, cuando recibí este golpe en la cabeza, y eso es todo lo que recuerdo.

Markham quedó en silencio un rato, con los ojos fijos en el espejo del armario.

—¿Usted no hace uso muy a menudo de su cama... de noche, quiero decir?

Nopi se irguió de golpe en la cama, con un gruñido que le torcía los labios.

—¡Qué demonios se le importa! ¡Váyase al diablo! Si no se me antoja dormir aquí alguna noche, ¿qué hay con eso, y qué tienen que saber usted y los otros de su maldita gente?

Markham se puso ceñudo.

—Basta, Nopi. No se pase, si le parece bien. Lo que quería saber... bueno, debe serle muy obvio. Quienquiera que haya venido anoche, estaba en la creencia de que usted estaría fuera, como de costumbre. Quizá lo observaban y tomaban nota de usted desde hace días.

—¿Pero, por qué eligieron este cuarto para venir a hacer un crimen aquí? —demandó Nopi hirviendo—. Hay cuartos vacíos por todos lados, ¿no? ¿qué...

—No hay duda que los hay, Nopi, pero no en esta cuadra, supongo.

—¿Esta cuadra? ¿Y qué tiene que ver eso, eh?

—Muy mucho, creo. —Markham se inclinó algo hacia Nopi—. Vea, usted me ha tenido confianza y no está mal devolverle la cortesía. La muchacha asesinada anoche era una de las "merlas" de David King.

—¿King? Nunca oí hablar de él.

POR

STEPHEN PHILLIPS

◉

Ilustración de

Sorazábal

—Quizás no, pero es uno de los falsificadores más elegantes de Europa, hoy... y de los Estados Unidos también, me parece. Durante años estuvo en lucha con los policías británicos y del Continente, pero hasta ahora demostró ser mucho más ducho que cualquiera de ellos. Y lo más raro del asunto es que nadie vió nunca a David King en carne y hueso. No hemos podido conseguir una descripción de su persona. Esta es una de las razones —la principal— de que nos haya burlado tanto tiempo. Pero somos gente paciente y trabajadora, como quizá sepa usted, Nopi, ¿no? —Markham sonrió a medias con bonomía—, y en los últimos pocos meses estuvimos tratando de catalogar las varias personas que King emplea en su juego. Una de ellas es esta muchacha, Jenny Golding... una nena linda e inocente cuando se la ve, pero... bajo las apariencias... David King sabe lo que hace, creo. El debía saber que la muchacha cantaría tarde o temprano... y entonces se le acababa el juego de una vez por todas. Y King no se preocupa mucho cuando su seguridad está en peligro, y se le presenta una buena ocasión de salvarse. Ya demostró eso otras veces. Así que, ya ve, quizá llegó a la conclusión de que sería mejor sacar del camino a la muchacha.

—¿Así que usted piensa que este David King es el que estuvo aquí anoche y me pegó en la cabeza, eh?

—Pienso que es muy probable —asintió Markham con cautela—. De cualquier modo, es la única clave que tenemos para trabajar ahora. ¡Un momento, Nopi!

El inspector se levantó, se acercó a la mesa, y con cuidado tomó una caja de lata pintada de negro.

—¿Ve esto? —Markham se la mostró a Nopi—. No, no la toque! ¡Mire un poco aquí... así! Dígame qué ve.

—¡Impresiones digitales! ¡Claro como agua! ¿De quién son, pues?

Markham se inclinó algo.

—Del hombre que entró a este cuarto anoche —respondió Markham.

Nopi miraba la caja fascinado. Las marcas eran bien visibles a ojo, inmensas, extendidas, grotescas.

—La muchacha llevaba esta cajita cuando le tiraron —explicó Markham—. Quizá acababa de dejar a King .Quizá era el mismo King que estuvo aquí anoche. Quizá sea él el hombre de manos enormes!

Nopi no replicó; miraba intrigado la caja.

—Estaba llena de cheques y notas falsificados — agregó Markham, colocando despacio la caja sobre la mesa—. Me parece como que, King derramó tinta y se ensució la mano con ella. La muchacha iba a quitarse de encima esos papeles. King eligió este cuarto para el hecho. Es astuto. Sabía que encontraríamos de dónde partió el tiro. Esperó que ella pasara bajo el farol. bien en la luz... y entonces...

Pasó una extraña expresión por la cara de Nopi.

—¿Qué mano dijo usted que hizo esa impresión? —preguntó—, ¿derecha o izquierda?

—La izquierda, ¿por qué? —dijo Markham.

Nopi dejó escapar una extraña risita.

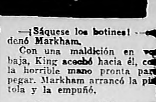
—¿Por qué? —hizo eco—. Bueno, porque el hombre que entró a este cuarto anoche no tenía ninguna mano izquierda. ¡El brazo estaba cortado al ras del hombro!

★

Era la tercera noche después del asesinato de la linda Jenny Golding que Nopi vió la figura en la cortina. Eran las diez de la noche, fría con viento que barría la calle Hill, escuálida, negra y vacía, bajo su ventana. Esa era una característica de la calle Hill —su soledad desde que caía la noche.

Nopi habíase vuelto, fósforo en mano, para encender la lámpara... y, de repente, le pareció helarse. Por la ventana, abierta debajo, podía ver prácticamente toda la calle, por sus curvas. Y a unos cien metros más allá, del lado del río, una luz se había encendido en una ventana. La cortina bajó en seguida, y por la fracción de un momento, sobre la cortina, Nopi vió la sombra de un hombre. Un hombre cuya manga izquierda colgaba floja y vacía, un hombre con el brazo cortado a ras del hombro. Un instante y fué todo... y la figura desapareció.

Nopi no se movió por largo rato. En la oscuridad, cuando se le apagó el fósforo entre los dedos, podía oír el martillar de su corazón. Luego, como un loco, se volvió y corrió, voló a la calle, al teléfono más cercano.



★

Había empezado a llover una garúa penetrante, cuando el taxi llegó a la vereda, al final de la calle Hill, y bajó de él, con el cigarro en la boca, la figura alta y robusta del inspector Markham.

—¡Por aquí! —musitó Nopi, agarrando el brazo del detective. Había contado las casas oscuras y escuálidas. La puerta de calle de la número veintisiete estaba abierta pocos centímetros. Nopi y el inspector se escurrieron adentro por la empinada raquítica escalera hasta el diminuto descanso. No había luz ni sonido.

Nopi indicó: —Allí dentro. Había una fina raya de luz bajo una de las puertas. Markham se acercó, giró el picaporte y miró en el cuarto, con Nopi a su espalda, espiando.

En una mesita, en el medio del cuarto pobremente amueblado, un hombre estaba sentado... un hombre de brazo cortado a ras del hombro. No hizo ningún movimiento; sólo sus ojos se fijaron en ellos con brillo frío y duro.

Markham entró con quietud al cuarto.

—¿Su nombre es David King, creo? —dijo.

El hombre de la mesa no replicó por un momento; pareció pensar. Y luego:

—Está en error, inspector. Mi nombre es Rivers, Arturo Rivers.

La voz era suave, con tranquila amenaza escondida.

Markham se ruborizó un poco. Sabía que corría un riesgo, un tremendo riesgo. ¿Si el hombre decía la verdad?

El manco se levantó lentamente. Su mano empezó a deslizarse poco a poco hacia el bolsillo de atrás. En un instante, Markham saltó a través del cuarto y cerró como con tenazas de cero la muñeca del hombre.

—¡No, no lo sacará! ¿Revólver, eh? ¡Nopi, palpele ese bolsillo!

Nopi sacó una pistola automática chica, y la puso en la mesa.

Markham indicó una silla.

—¡Siéntese! —aulló—. Hace tres noches una mujer joven, de nombre Jenny Golding, fué muerta de un tiro en esta calle. Estoy averiguando el caso. Le advierto que lo que diga se anotará y podrá tomarse como prueba contra usted. ¿Está dispuesto a decirme todo lo que sabe?

—Perfectamente, — asintió David King con un deliberado bostezo—, siendo que no sé absolutamente nada de todo eso, inspector.

—¿Usted me reconoció ahora nomás?

—¡Oh, sí! ¿Por qué no? Vi su foto en los diarios ilustrados.

Markham tomó una almohadilla entintada de su bolsillo y la puso en la mesa ante King.

—¿Usted no se opone a que le tomen las impresiones digitales? —sugirió.

—¿Por qué? De ningún modo, —dijo King con mueca desdeñosa—. ¿Piensa ponerlas en su museo de curiosidades, inspector?

Puso su enorme mano sin forma sobre la almohadilla y Markham la oprimió con suavidad y la transfirió al papel blanco que también sacó del bolsillo. Pero ya sabía lo que resultaría, desde mucho antes.

La impresión era enorme, extendida, grotesca, pero no era la impresión de la caja de lata negra. Pero Markham, muy porfiado, alcanzó a King papel y tinta a través de la mesa.

—Escriba: "Auge y caída del Imperio Romano", —ordenó.

King lo hizo así, con fría y ociosa sonrisa burlona en sus labios. El inspector alzó el papel y examinó la escritura minuciosamente, comparándola con los papeles falsificados. Apenas había algún punto similar entre las dos letras.

Markham estaba de pie, ceñudo, mordiéndose con rabia el labio inferior. Ahora estaba seguro que el hombre ante él era David King, uno de los mayores falsificadores de todas las épocas. Pero... ¡el hombre era demasiado ducho! Pues hasta la pistola automática esa no era la del tiro fatal para la muchacha! Markham lo supo de una ojeada, por su gran práctica y conocimiento de toda clase de armas de fuego.

—¿Cómo quedó inválido usted? —preguntó de sopetón—. ¿Hace mucho que perdió su brazo?

—Diez u once años hace, me figuro, —respondió King con un leve alzamiento de hombros—. Recibí mis heridas en un choque de trenes en Francia. ¿Hay alguna otra cosita en que pueda tener el gusto de ilustrarlo, mi querido inspector?

Con un repentino y salvaje tirón, Markham apartó la mesa de entre los dos. King se puso lívido.

[illegible]

—¡Sáquese los botines! —ordenó Markham.

Con una maldición en voz baja, King acechó hacia él, con la horrible mano pronta para pegar. Markham arrancó la pistola y la empuñó.

—Siéntese —repitió— y sáquese los botines, King.

Este vaciló un momento, [illegible] zando miradas por el [illegible]. Luego, con una [illegible] se echó a la silla y empezó [illegible] desatarse los zapatos.

—Sus calcetines también —gruñó Markham—. ¡Pronto! ¡[illegible] pierdo la paciencia, King! [illegible] es mejor. ¡Ahora, tome la pluma, y escriba!

Markham se agachó con prisa y metió la larga pluma entre los dedos del pie del otro.

—¡Escriba! —Markham ladró—. ¡Escriba! ¡Cualquier maldita cosa que se le ocurra!

Luego, la cosa pareció suceder tan de repente, que Markham y Nopi quedaron atontados un instante. La mano de King se alzó con algo que golpeó la lámpara y la hizo pedazos y dejó al cuarto en súbita oscuridad. Markham saltó ágil hacia adelante, pero sólo chocó con la silla y cayó al suelo con todas sus fuerzas. Desde la puerta, de golpe, una llama escupió. Nopi gritó, agarrándose por instinto la espalda. Oyeron que King salía al descanso. Markham, en el mismo instante pasó por la puerta. Los dos hombres se fajaron, crujieron contra la barandilla, que aflojó en seguida. Algo cayó y rodó chocando hacia la oscuridad de abajo, pesadamente.

—Por Dios, encienda un fósforo —gritó Markham—. Con esa luz débil bajaron por la escalera. King se había repuesto. Se volvió y tiró de cerca cuando Markham le saltó encima al final de la escalera. Markham le tiró dos veces, casi a ciegas, cuando el fósforo se apagó. Oyeron un quejido apagado y a King que casi se arrastraba por el corredor hacia la puerta de calle.

Markham echaba palabras a su espalda mientras tanteaba el camino hacia la puerta.

—Al principio me llamó la atención cuando le miré los pies y vi qué enormes eran. Después de ese accidente, King debió hallar que su mano era demasiado torpe para su trabajo. Sin duda que practicó eso cuando yacía de espaldas en algún hospitalito francés. Alzando cosas con los dedos de los pies, prendiendo fósforos... cosas por el estilo. Y entonces le ocurrió la idea que si podía hacer eso con los pies, ¿por qué no ejercitarse con la pluma también? Así es como la impresión de su pie quedó en la caja que tenía Jenny Golding aquella noche. King debía haber estado falsificando una firma o escrito... y usó la caja de lata como mesa para su trabajo.

Un fósforo alumbró el corredor. Nopi lo alzó hasta el pico de gas, sobre su cabeza, y lo encendió. Markham, con su cara casi blanca, había ido hasta la puerta de calle. King yacía casi tocándola con su cabeza, bien muerto.

Nopi señalaba al piso del corredor. Había allí un charquito de sangre, y todo a lo largo estaban esas enormes, extendidas, grotescas impresiones —las impresiones de pies torcidos y deformados en aquel terrible desastre de trenes de años atrás— impresiones como hechas por alguna mano anormal y horrible.



LA ULTIMA AVENTURA DE JUAN TABES ALIAS SEISDEDOS

★

POR EDMUNDO MONTAGNE

★

Ilustración de Rechain

DENTRO de los límites de la ciudad de Buenos Aires, nada hay más bello que las barrancas de Saavedra, sobre la estación Rivadavia, última del F. C. Central Argentino en la orilla del municipio. Lugar agreste, unos pocos chalets — rojo y blanco — distribuidos como al acaso en la cuesta verde, y modernas mansiones también aisladas o centenarios ombúes de enorme follaje sobresaliendo en el alto horizonte, son advertidos con placer por la mirada del viajero, desde la ventanilla del tren; pero el paisaje no ofrece verdadero deleite sino a quien lo abarca y contempla con detenimiento.

Juan Tabes, apodado Seisdedos en su pago de Guadalito, sintió algo de ese gusto, quince días antes, cuando, huyendo a las consecuencias de la muerte que había cometido, llegó a la casucha de latas y maderas de su hermano Plácido y, sentado, y aquietada su alma con la sensación de un seguro refugio, pudo compartir los mates familiares y tender sin recelos la mirada hacia las barrancas.

Ahora no era del todo lo mismo. Subía hacia ellas con el cesto de pescados al hombro, después de haber ascendido y descendido las empinadas escaleras del puente de la estación. Sentía el canasto metiéndosele como una cuña dolorosa hasta el homóplato, sin que calmase tal sensación la humedad de los chorreantes peces traspasando sus ropas y llegando a sus carnes.

Veía, antes de empezar, que eso de vender habría de resultarle cosa no tan llevadera como el salir con el alba a recorrer el espinel en la barca de Plácido. Ya se había hecho al remo y a la movilidad a veces corcoveante de la pampa líquida. Desde que dejaban la orilla avistaba fácilmente, como su hermano, las dos lejanas boyas, a 200 brazadas una de otra, que señalaban los extremos del hilo de pesca. Por vivos, coleantes y resbaladizos que estuviesen los grandes pescados, era ya diestro en desprenderlos del anzuelo y dejarlos caer en la lancha sin pérdida de tiempo. Distinguía casi todos los bichos del río, desde ese faisán de los peces, el dorado, vestido de luciente malla de oro y plata, hasta el fiero bagre sapo, roncador y duro para morir, maldición del espinel.

—¡Pescado...or...!

Lo sorprendió el oír su propia voz al dar el primer voceo. No vibraba, no se extendía esparciéndose en la luz de la mañana con la musicalidad atrayente de la de Plácido.

Sin embargo lo llamaron del primer chalet, tal cual le indicó su hermano que sucedería; más allá, de una casa baja; a la vuelta de la primer esquina, de una huerta de verduras. Echó cerca de media hora en cuestionar precio y clase de pescado con esas marchantas. Sintió vivos deseos de plantificarle un pedazo de surubí en la cara pecosa a la última, que en mitad del trato se le antojaba quedársele con el armado por ochenta centavos.“¡Le he dicho que el armado está vendido en dos pesos! ¿Qué quiere?”, protestó él. Y, menos mal, le dejó el trozo de surubí.

Cuando iba a cargar el canasto, distinguió en frente, arriba, entre la confusión de árboles de diferentes formas y diversos verdes, las negruscas tejas y pilares descascarados de la vieja residencia jesuítica en que vivían una familia alemana y otra criolla afectas al pescado del río. Pero ¿por dónde diablo se entra allí? Se embobó un momento en la contemplación y volvió a tomar la calle del repecho. Pregonó y no lo llamaron. “A la vuelta averiguaré la entrada, si me queda pescado”, se dijo. Y vió en lo más alto de la cuesta una casa vetusta que se atravesaba en el camino como cerrándolo. Allí vivía el que había sido dueño de todos estos sitios, un viejo militar retirado a quien Rinalda, la mujer de Plácido, le llevaba la ropa. El le compraría el armado por dos pesos, y, si estaba con la buena, le preguntaría sobre una y otra cosa y charlaría con él. No había que descuidarse, porque sino perdería la mañana oyéndolo. Tiene un carácter autoritario y atrapador. Era cuanto sabía del coronel Agujón.

Igual que el techo a dos aguas muy inclinado de la casa, un hombre, sentado en la pequeña galería, tenía echado sobre los ojos chicos y vivaces un mugriento chambergo. No había apartado la mirada del que venía cuesta arriba con un canasto al hombro. Se previno. Sabía que sus enemigos lo espiaban. A veces un hombre aparecía apostado en el puente de la estación o confundido en un cerco vivo, y desde allí vigilaba días enteros la casa. ¿Quién sería éste, ahora, que venía disfrazado de pescador?

—¡Buen día! — exclamó desde el camino Juan Tabes, alias Seisdedos.

El hombre de la galería no dió respuesta.

Un poco molestado, Seisdedos insistió.

—¿No está el coronel?

—El general, dirá, — advirtióle cortante el de la galería.

Seisdedos titubeó. Su hermano lo llamaba el coronel, como todos, porque [illegible] que el nuevo gobierno lo hubiese hecho general.

Con cierto atrevimiento en su evidente molestia, Seisdedos repitió:

Yo pregunto por el coronel Aguijón.

—¡El general, vuelvo a advertirle!

Y bajando el tono, pero siempre con firmeza, el de la galería agregó:

—Aquí lo tiene.

Juan el Seisdedos no precisó más para comprender su doble equivocación. Pero ¿por qué ese que debía trajear como el “magnate” que era, vestía un terno descolorido y un chambergo terroso y engrasado por el sudor de los años?

Visto de golpe, ni siquiera un peón quintero parecía, sino un perfecto atorrante. Pero comenzando a hablar, se notaba en él a un hombre de carácter imperioso y acostumbrado al mando, más que lo era él, Seisdedos, el guapo de Guadalito, y ahora envilecido ahí, con un canasto de pescador descargado a los pies y sufriendo el trato sobrador y sarcástico que adivinaba le iba a dar el de la galería.

Por lo pronto, no lo invitaba a pasar como al hermano, indicándole que abriera el portillo; ni ordenaba silencio al perro, atado a pocos pasos; ni a las cotorritas chillonas que iban y venían en el respaldo de su largo asiento.

—Y ¿cómo sabe que me gusta?

—Me lo dijo mi hermano.

—¿Quién es tu hermano?

—Plácido, el pescador.

—Hum... No sabía... Precisamente, tiene usted cara de Plácido, — sentenció con ironía el coronel, que, bastón en mano, puesto de pie, gallardo, había medido y recorrido luego con sus miradas a Seisdedos y no dejaba de observarle la cara mongoloide, cuya estirada boca se torcía en un gesto canallesco de sonrisa forzada, y cuyo entrecejo revelaba posibilidades de sombrío empecinamiento.

Levantó Seisdedos el pez con ambas manos:

—¡Véalo, don: es grande!

—Para usted, lo será. No pesa ni cinco kilos. Dígale a su hermano que me traiga uno de arroba, como el año pasado.

Y sin mirarlo ya, el coronel dió unos pasos y llamó:

—¡Mari!

Apareció una mujer tras de la reja de la ventana. Era mucho más joven que él.

—Miralo: ahí lo tenés al perro, — le dijo señalándole un sabueso que olisqueaba el pescado a pocos pasos de Seisdedos. ¿No lo ves renguear?

—Sí, pobrecito.

—¿Por qué renguea? — se atrevió a preguntar Seisdedos jugándose la última carta.

Sin mirarlo, pareciendo contestar a una pregunta de su mujer, el coronel dijo:

Las otras noches le metí un chumbo.

Con eso el altivo, dándole del todo la espalda, se iría adentro, según parecía.

Seisdedos, negocio sin hacer y despreciado personalmente, no deseó retirarse así nomás.

—Ahora está como usted, — afirmó mirando con desafío al coronel, de quien había descubierto la leve cojera al verlo dar los primeros pasos.

El militar, que de mil trances de muerte, entre balas civilizadas y flechas salvajes, saliera sin un rasguño, se había venido a herir un pie hachando inocentemente leña, ahora, en sus años viejos. Pero, ¿quién se hubiera atrevido a compararle el estado de su pierna con la renguera de un perro?

Se volvió hacia el mozo como picado por una víbora:

—¡Dígame, so sotreta!, ¿por qué no se corta esa porquería que tiene en la mano?

A Seisdedos se le resbaló el armado al suelo. El coronel le había visto el segundo meñique que tenía en la mano derecha.

—Me conocen por Seisdedos! — retrucó Juan Tabes como respondiendo a un reto —. Me extraña que usted no lo sepa.

El coronel, con su salida, había herido más en lo vivo de lo que esperaba. Vió que ese sexto dedo, algo así como una parodia del dedo cnico, en todo caso grotesco y repulsivo apéndice prensil, era nada menos que el “penacho” de ese malevo. Porque, lo había descubierto: el mozo era un malevo.

¡Venirle con malevadas a él, al coronel Aguijón, que así como tenía atravesada la casa en el camino de la barranca, se había atravesado durante medio siglo en la política de su país con temeridad manifiesta! Quedó el orgulloso viejo mirándolo fijo, inmutable, sin responderle, pronto quizás a descerrajarle un tiro como lo había hecho con el perro si volvía a abrir la boca.

Comprendiéndolo, sintiéndose despechadamente el cero a la izquierda que en ese lugar de Buenos Aires era, Seisdedos abandonó su empaque retador, se agachó, cargó el canasto y se fué, sin que de la casa lo siguieran otras voces que los ladridos del perro y la cháchara de las cotorras.

Rinalda acompañaba con valor a Plácido en el mantenimiento del hogar formado por ambos en el bajo, hacía algunos años, cuando regalaban los primeros lotes de esos terrenos anegadizos. Verdaderos héroes de la vivienda, los recién casados armaron entonces su nido de latas y maderas viejas sobre el barro, desafiando despiadados ardores y mosquitos del verano y crudezas e inundaciones del invierno.

Pero ahora, crecida la barriada, todo mejoraba en ella, a pesar de que dos cuadras de vías férreas, con sus temidos rápidos que tantas muertes ocasionaban en el lejano paso a nivel, la mantuviesesn separada de la ciudad. Sus niños iban a la escuela; su marido, de vuelta del río y vendido el pescado, se daba tiempo para secundarla en el cuidado de plantas y pájaros que alegraban la casucha.

La venida de Juan el Seisdedos lo perturbó todo. Hubo que tenderle cama en la cocina, y no se pudo impedir al agua de los temporales que lo visitaran en su jergón, por delicado y protestador que fuese el “niño”.

Hasta la vez en que a Plácido se le ocurrió confiarle la venta de los peces del otro lado de la vía, lugar de los marchantes ricos, Juan el Seisdedos se mostró comedido. Pero ese día regresó ebrio, diciendo del coronel que era un “falluto”, pues se había insolentado contra el Viejo, padre y dueño de la patria, en un reportaje aparecido en cierto diario. Traicionaba así al partido, al que perteneciera hasta que el Viejo presidió el país. Entonces se torció y amenazó derrocarlo. Por eso el Viejo le había puesto espías, que se los levantó el nuevo presidente, su compinche, quien además lo nombró general para tenerlo de su lado.

Con la borrachera, Juan el Seisdedos, que había sido informado sobre el coronel vaya a saberse dnde y por quiénes, barbotó, alardeó, confesó su verdadera situación, apenas presentida por Plácido y Rinalda. El, dijo, no estaba allí, de fardo en la casa de un hermano, por el gusto de tomar fresco en el río, sino porque sabía “hacer estirar las patas” a los enemigos de su partido, sin comprometer a quienes lo mandaban. Que lo que había hecho con el periodista Sellés, en Guadalito, lo haría con el mismo “taita” de estos pagos, si llegaba el caso, así fuese tan tirador de pistola, según decían, como el “fifí” que gobernaba a los argentinos, nada más que por una debilidad del Viejo. Pero todo volvería a entrar en vereda. Para eso estaba él ahí, él, Seisdedos. A ver si el sarnoso coronel de la barranca entendía el laburo de voltear gobiernos mejor que el tigre de Guadalito.

De balde fué que Plácido lo amonestara hábilmente aconsejándole desechar los chismes con que ensuciaban al coronel. A los pocos días el pescador y Rinalda tuvieron la terrible prueba de lo funesto que les sería Juan. El coronel no les daba más a lavar la ropa ni les compraba pescado. Un verdadero desastre. ¿Y los compensaba en algo la presencia de Juan el Seisdedos en la casa? Por el contrario, los fué comprometiendo cada vez más. No solamente no iba ya al río, ni ofrecía con Plácido el pescado a los paseantes de los autos que iban y venían en el camino Blandengues, sino que hosco y mal dispuesto unas veces, confianzudo y procaz otras, se eclipsaba durante días y aparecía intempestivamente, borracho o medio borracho, acompañado, si se le antojaba, por alguno de esos “reos” que él “haría de línea”, no se sabe con qué intensiones de acaudillar vagabundos: cosa que tal vez realizara mateando en el potrero de yeguas que cerca del río, en un raleado sauzal, cuidaba el viejo Domínguez.

Rinalda se había prevenido contra su cuñado desde el día que se presentó en la casa y a la pregunta de ella por Raimunda, mujer de Juan, dijera, sencillamente: “la hice a un lao”. ¡Como si fuera apenas imaginable tal proceder, con una muchacha buena, madre de tres hijos de ambos, aguantadora de los mil sobresaltos y disimuladora de las mil pellejerías del malevo con quien el destino la juntara!

Pero comenzó a odiarlo a muerte desde cierta ocasión de aborrecible memoria. Lavaba ella. A pocos pasos de su tina se había sentado Juan y la contemplaba con el aire de burlona seguridad propia del gato que juega con su presa. Llegó a sentir miedo, un miedo como nunca lo había sentido en la proximidad de Seisdedos. Y ni una vecina se detenía a darle los buenos días y a ofrecerle con eso la ocasión de retenerla y ampararse disimuladamente. De pronto el hombre la tuteó acusándola de ciertas infidencias absurdas, sólo posibles en el caso perverso de que fuese ella su concubina, engañadora, por lo tanto, de su marido. Un gran asco transformó el miedo que Rinalda sentía, en un coraje capaz de todo. Lo adivinó Juan, viéndola por primera vez suspender el fregado y clavarle la mirada con el gesto de quien va a escupir toda la rabia que ha juntado.

Arrolló, no sin decirle todavía:

—Ya sé que le batís mugre, y por eso Plácido se me retoba. Me lo han convertido en un chancleta, y con él puedo contar.

—Contar... ¿para qué fechorías?

En esas llama a la puerta un hombre que apenas podía tenerse. Su traza es la de un infeliz alcoholista. Juan el Seisdedos lo contempla un rato y se va a su encuentro pensativo. El alcoholista habla con un ronquido poco perceptible. Seisdedos lo hace pasar. Tambaleante, dice el recién llegado:

—Siento un cansancio bárbaro, hermano.

—¿Has venido a pie desde Guadalito?

—¡Avisá!!

Al querer sentarse en la silla que le ofrece, casi se va de cabeza al suelo.

Entretanto Rinalda friega y considera una vez más la insolencia de Juan, quien, sin pedir permiso, sin advertir de quiénes se trataba, seguía de tal suerte introduciendo extraños en la casa.

—Deschavate, rápido.

—Querosén, hermano.

—Aquí no hay más que leche. Vive gente delicada. Además, bastante has escabiado ya.

El ebrio mira los ladrillos del suelo como si quisiera desentrañarles el secreto de la vida y el misterio de la muerte, y los ojos se le van cerrando.

—Tomaremos unos amargos, — resuelve Seisdedos. Y mientras que en la cocina prepara el mate, el otro se le duerme.

—Pero ¿se puede saber alguna vez a qué individuos mete usted en nuestra casa? — le pregunta Rinalda viéndolo volver junto al borracho dormido, con la pava y el mate.



—Che, Chiquizuela: no apolillés; despertate, que te voy a presentar a mi cuñada.

—Sí, señora; yo soy el cuñado de Seisdedos: yo soy...

—Vos no sos el cuñado de nadie, sino la esponja de todos.

Viendo que Juan quería gozarse es una escena grotesca entre el borracho y ella, Rinalda volvió a atender su tina sin hacerles aparentemente caso.

El llamado Chiquizuela dijo a Juan que Raimunda lo extrañaba mucho, que no hacía más que llorar por él, que estaba sin recursos, que el doctor sólo le había pasado unos pesos al principio.

—Quiere vivir junto a vos, hermano, estés donde estés y pase las penas que pase.

—Mirá Chiqui: no te me vengás de arreglador entre tu hermana y yo, porque sino te doy aquí mismo una de biabas que no volvés a Guadalito: a no ser que con el chucho que ya te está entrando se te pase la tranca del todo y hablés en serio. ¿Qué es lo que te manda decirme el doctor? ¡Hablá!

Pero Chiquizuela tardó en ir al asunto que interesaba a Seisdedos. Lloró buen rato antes, y entre sus lágrimas silabeaba:

—Sos falluto, hermano, con Raimunda.

A lo que Seisdedos repetía la amenaza de pegar al borracho, presintiendo, por las crispaciones de indignación con que entonces suspendía Rinalda el trabajo, que eso no sería del todo posible.

Al cabo Chiquizuela dijo que sí, que el doctor Nimosín había recibido una carta; que ya no se aburría Seisdedos en el bajo de Saavedra porque el doctor había hablado por teléfono con el correligionario Leitel y éste lo ocuparía en Buenos Aires como había estado ocupado en Guadalito. Que fuese a verlo.

—¿Y con qué menega y con qué ropa? Se cree el doctor...

—Parate, hermano.

El borracho sacó del bolsillo un sobre en blanco que contenía dinero y la dirección escrita a máquina del alto correligionario a quien serviría.

Con esto, Seisdedos se levantó llevándose a Chiquizuela.

—Bueno; te has ganado el escabio. Vamos.

La comunicación telefónica entre el caudillo doctor Nimosín, de Guadalito, y el diputado nacional doctor Leitel, de Buenos Aires, habíase reducido a estas palabras: “Va a ir Seisdedos. El le dirá por qué está en ésa, si es que usted ya no lo sabe, y comprenderá que se trata de “un gaucho”. En la primera ocasión, empléelo y verá que el hombre se porta”.

La primera ocsaión que se le ofrecía al doctor Leitel era precisamente esa de poder castigar y tener a raya al engreído “general Aguijón” por las insolencias con que se había desmandado contra el Viejo en los reportajes que se acababan de publicar. Los correligionarios del grupo de Leitel habían estado pensando en el hombre que, so capa de una simple baleada nocturna de la casa, de una alharaca sin mayor gravedad, despachase, si a mano venía, al peligroso militar señalado. Nadie más “providencialmente” venido que el Seisdedos, del que conocía el Doctor las hazañas, y que, desaparecido de Guadalito a raíz de la muerte del periodista Sellés, y “descansando” como se hallaba en el bajo de Saavedra, había tenido oportunidad de “descubrir” en el temerario militar de la barranca, no sólo a un “traidor” del partido, sino que también a un “enemigo personal”.

El coronel retirado, su cuchillo con su dedo de yapa en la mano derecha, una mujer que escupe a un moribundo y un pescador son los protagonistas de este relato

Cierto es que la casa del coronel Aguijón se atraviesa en el camino sobre la calle que lo corta, formando te; pero lo hace sesgadamente; de modo que al que viene subiendo le ofrece casi dos faces, la de la galería de precipitado alero y la descubierta y franca del costado Norte, con dos ventanas de reja abajo y un balconcito saliente arriba.

De entre las grietas del muro, junto al balcón, sale y busca la altura un palán-palán verde gris, arbusto de años, que parece querer competir en altivez con los ombúes cuyas frondas entrecubren la casa formándole gallarda cresta.

El palán-palán, vegetal favorito de las ruinas, simboliza la dejadez de la morada; dejadez voluntaria entre la que el coronel se embosca mejor; pues si su carácter jactancioso y bravo lo impulsa en todo momento al reto sin embozo, su situación de hombre mal querido a quien se espía, le aconseja adoptar la táctica india de la ocultación tras los penachos movibles de las cortaderas.

Algo, pues, de marañosa atalaya viene a tener para su dueño la casa, allí puesta sobre un talud, en lo más alto de la barranca y frente al camino principal.

Un farol a querosén, del servicio público, alumbra por la noche desde su poste la encrucijada y el frente de la mansión, de suerte que el coronel, que para su uso interno no emplea otra luz que la de un primitivo candelero portátil, ve cuanto pasa afuera por ese lado sin ser jamás visto ni entrevisto adentro.

Pero esa noche pesada de diciembre que ha seguido a un daí de lluvia sin aliviar la atmósfera, sucedió algo que tiene sobre aviso y en guardia al coronel. Al oscurecer fué encendido como siempre el farol; los trenes llegaron y dejaron a algunos vecinos en la estación; éstos caminaron y metiéronse en sus moradas, lo que no pudieron hacer sin embarrarse, por más que anduvieron en puntas de pie o sortearon baches saltando.

Pasó lo [illegible] de dos vigilantes a caballo. Y al rato, un hombre desconocido, como brotado del pie mismo del farol, ascendió por el palo semejante a un sombrío pruebista ,abrió la urna de vidrio y apagó la luz.

Los chajás y el perro del coronel, desde hacía un momento, habían advertido la conveniencia de levantarse y observar. Lo hizo el anciano con la oportunidad de verle la cara al desconocido soplando el farol.

—¡Mari! — llamó.

—¿Qué?

—Esta noche no es de dormir.

—¿No es de dormir? ¿Nochebuena, entonces?

—Basta. Estate como yo, alerta y en silencio. Cuando te diga “ahora”, salís arrastrándote y desatás a Nahuel.

—Verdad que ladra mucho y los chajás alertean. ¡Y qué oscuro afuera, Virgen Santísima!

—Basta, he dicho.

La casa enmudeció. Horas más tarde no llegaron trenes a la estación. Sus luces parecían ahogarse en la soledad tenebrosa. Las del Bajo, en el camino Blandengues, apenas competían con las intermitentes chispitas azuladas y errantes de las luciérnagas. El croar de las ranas sólo servía para pronunciar, por contraste, el gran silencio reinante.

Alguien que desde la calle de través se aproximaba caminando con dificultad, jadeante y gimiente, sombra en la sombra, decía:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡No puedo más! ¡Un poco de agua, por favor! ¡Dios mío, qué fiebre, qué cansancio! ¡Un poco de agua! Una buena alma que me ayude a llegar a la estación. ¡Qué sed! Me muero, me muero. ¡Ay! ¡Ay!

Las mismas palabras estremecidas de pena, con acento de gran debilidad, que parecían de mujer, eran repetidas a breves intervalos, llenando la noche de conmovedora pavura.

Al ladrar del perro del coronel siguió el de los demás vecinos, formando un coro agresivo a los ayes del afligido ser que, agarrado del poste del apagado farol, prosiguió diciendo:

—¡Me muero! ¡No puedo más!

De pronto, un ruido como de bestia lanzada por sobre la baranda de la casa, hizo erguir y dar dos pasos ágiles a la quejosa persona, entre chasquidos y salpicaduras de barro.

El Nahuel la atacaba a rugidos y tarascones, y el hombre revoloteaba el manto en que había venido arrebutado.

—¡Plantá! — se oyó una orden.

—¡Dejámelo a tiro! —se oyó otra indicación.

Aunque el perro no daba tregua al que retrocedía, sonaron balazos, cuyos fuegos indicaban que habían sido disparados contra el animal. Tras los quejidos de éste, el fugitivo desapareció.

—¡Falló la carnada! —susurró alguien entre el yuyal de enfrente de la casa—. ¿Baleamos?

—Todavía no, —respondieron con rabia. Y el que lo hizo se destacó entre la maraña, avanzó hasta la calle y desde allí dijo a grandes voces que hacían presumir la arrogancia del gesto, que tenían tono hiriente y que revelaban ciega imprudencia:

—¡Salí si sos quién, general de grupo! ¡Aquí está Seisdedos! ¡Vení a cortarle la porquería!

Transcurrió un momento de silencio y de espera, en pos del cual el gritón ordenó:

—¡Bala a la casa!

Y al mismo tiempo, como si de golpe hubiera medido la insensatez de su temeridad, quiso volverse, huyendo, hacia su escondite, pero cayó después de largo tambaleo entre el cicutal.

Primero que los tiros que de distintos puntos sonaban dirigidos a la casa, habíase oído el que con fogonazo breve y estampido categórico partió contrariamente desde la ventana de la galería. Ese disparo fué el que dió en Seisdedos.

—¡Sáquenme! —decía éste.

Fué alejado por largo trecho junto al talud que orillaba la misma finca del coronel y que constituía un reparo.

Sin apagar sus fuegos, los malhechores retrocedían tras el herido, protegiéndole la retirada, [illegible] hasta que dos disparos simultáneos, marcando con su roja [illegible] el punto de partida, fueron hechos desde una ventana baja y el balconcito Norte de la casa. Parecían decir: “Si vuelven, aquí estamos”.

Hacia la provincia salvadora, distante de allí unos pasos, se fueron alejando los atacantes.

Los perros llenaban de vibrantes [illegible] el silencio entonces [illegible] del lugar.

Esa noche, temprano como siempre, se había acostado Plácido, pidiendo a Rinalda que tuviera un poco más de paciencia respecto de Juan y sus comprometedoras molestias.

—Al fin es mi hermano, Comprendé, —le había dicho. Y después de convenir en que no había ya esperanza de que se sosegara y entrase en la vida del trabajo honrado, se durmió.

No así Rinalda, que vivía sobresaltada, en constante desvelo, temiendo por la seguridad del hogar.

Oyó los disparos de arma de fuego y estuvo atenta, el corazón golpeante, llena de presentimientos siniestros.

Al cabo de media hora oyó llamar a la puerta con voz que conocía y que aunque no era la de Juan el Seisdedos, creyó que éste la remedaba para disimularse.

—¡Plácido, pronto! —decía el que llamaba.

Con ímpetu de fiera que defiende a su cría, se echó de la cama y fué hasta allí.

—¡Rete! ¿Qué sucede?

Era Rete, el muchacho que el viejo Domínguez tenía en el potrero y le llevaba las yeguas al río.

—Ahí detrás de la casa de Alfredini quedó Seisdedos. Se está muriendo. Quiere morir aquí, para que la policía no supiese nada. Yo me voy.

Y Rete huyó sin atender respuesta. Y en pos de él salió corriendo Rinalda.

No transcurrieron cinco minutos sin que regresara anhelante y pálida de tremendo extravío.

Plácido acababa de consultar el reloj junto a la palmatoria y se enteraba de que no era todavía hora de salir al río en busca de su lancha.

—¿De dónde venís? ¿Qué pasa? —preguntó a su mujer, alarmado—. Te veo con ganas de echar a Juan si viene. No te metás en eso. Yo arreglaré las cosas con más tino.

Los chicos se revolvieron quejosos en su cama.

—Atendelos, —indicó Plácido volviendo a cerrar los ojos.

Lo cierto es que Rinalda acababa de estar con Seisdedos. Se había lanzado como una loca hacia allí. Quiso saber, saber, saber.

Lo halló caído largamente, boca arriba, sobre el barro. Un reflejo de las distintas luces de la estación le daba en la cara exangüe. Su aliento era corto.

—¡Raimunda! murmuró:—me muero.

Rinalda lo miró y le dijo, caldeándole la cara con su aliento de ira:

—No soy Raimunda: soy Rinalda. Pero vengo a vengar a Raimunda. ¡Asesino!

Los ojos de Seisdedos se abrieron con un miedo cerval y quedaron fijos en esa faz de mujer enfurecida que lo envolvía y aniquilaba con una expresión inexorable.

—¡Maldito! ¡Tomá: zuf! ¡Tomá: zuf! ¡Tomá: zuf!

Tres salivazos de Rinalda hicieron cerrar los ojos tres veces al caído. Con una exhalación larga y una sacudida de todo su cuerpo los volvió a abrir y a fijar aterrados en la cara de Rinalda, quien seguía repitiéndole, a un palmo de distancia, con quemante y bronco acento:

—¡Maldito! ¡Maldito!

Pero viendo que al fin se lo decía a un cadáver, se volvió a la casa.

El Misterioso Asesino de ★ Rameau ★

★

El negro Rameau vivía solo y ocupaba un departamento de tres piezas en el penúltimo piso de aquella casa, que formaba parte de un barrio construído "en serie". Era rico o parecía serlo, pues no se le conocía profesión y gastaba el dinero en forma fantástica. En repetidas ocasiones el propietario le había pedido que abandonara el departamento; pero el negro se encogía de hombros insolentemente. Hasta que un sábado la situación creada en la casa por el negro tuvo un desenlace inesperado y trágico.

Rameau había sido asesinado en una de sus habitaciones y su cuerpo había desaparecido en la forma más extraña e inexplicable. Las sospechas recayeron en un individuo a quien se empleaba en la casa y en algunos inmuebles vecinos para descargar y transportar el carbón y la leña. El crimen había sido cometido con la pala de ese individuo. Un antecedente sugestivo justificaba las sospechas: Rameau había sostenido una violenta discusión cuatro días antes con el carbonero, quien tenía una tortuga que el negro, en un momento de ira, arrojó contra la pared, partiéndole el caparazón y determinando así su muerte.

El carbonero era un francés llamado Víctor Goujón. Había trabajado de relojero, debiendo abandonar su profesión porque se había herido la mano derecha. Víctor Goujón había re-



cibido de sus parientes de Francia una carta, en que le invitaban a regresar a su patria. Y el mismo día del crimen el carbonero se embarcó.

El sábado, a las 3 de la tarde, una criada que subía al departamento de Rameau vió a Víctor Goujón en la escalera. El carbonero, restregándose las manos, le dijo:

—¡Por fin me veo libre de ese negro!... Ahora no podrá seguir molestándome...

El carbonero bajó. La criada llamó a la puerta del negro. No obteniendo respuesta, penetró en el vestíbulo y pasó a la salita. Apenas había lanzado una mirada a la pieza cuando cayó desvanecida. Rameau estaba caído sobre un canapé; su cabeza colgaba hacia el suelo casi hasta tocarlo. Presentaba una tremenda herida en el cráneo; en el piso se veía una pequeña mancha de sangre.

La criada permaneció desmayada durante diez minutos, más o menos. Cuando recobró el conocimiento, huyó de la salita y subió a las habitaciones de la portera, en la terraza. Joven extremadamente impresionable, sólo tuvo tiempo de gritar:

—Un crimen... un crimen. ¡Lo han muerto!...

Y sufrió un segundo desmayo que le duró un cuarto de hora. Por último, pudo contar lo que había visto. La portera y varias personas de la casa acudieron entonces al departamento del negro. Se veía aún en el suelo la mancha de sangre; la pala — instrumento del crimen — estaba apoyada en la chimenea. Pero... ¡el cadáver había desaparecido!

El detective Hewitt y el inspector Nettings tuvieron a su cargo la pesquisa del crimen.

—Yo creo en la culpabilidad de Víctor Goujón — sostenía el inspector. He encontrado en la salita un papel que no deja lugar a dudas. El papel tenía prendido un alfiler. La criada recuerda que ese papel estaba sujeto en el pecho del negro. Se habrá caído, seguramente, cuando transportaron el cadáver. ¿Sabe usted francés?... El papel dice: "Puni par un vengeur de la tortue". O sea: "Castigado por un vengador de la tortuga". ¡La tortuga de Goujón! ¡Víctor Goujón es francés!... ¡Víctor Goujón se embarca para Francia el mismo día del crimen!

—Lo que me sorprende — insinuó Hewitt — es que Víctor Goujón proclame a los cuatro vientos su culpabilidad. ¡Ese papel sería una confesión!

—No olvide que Víctor Goujón es un desequilibrado. Rameau había terminado por ponerlo fuera de sí, con sus bromas pesadas... Por otra parte, tenga en cuenta que el crimen fué cometido con la pala del carbonero...

—¿Detuvo usted a Víctor Goujón?... ¿Cotejó la escritura del papel con la letra del carbonero?...

—¿Y no se le ocurrió orientar la pesquisa en otra dirección? — inquirió Hewitt. A pesar de todo, quizás Goujón no sea el autor del crimen...

—¿Quién lo habría cometido, entonces?...

—Aun no puedo contestar a esa pregunta. Necesito previamente reflexionar y obtener algunos datos... Prosiga usted sus investigaciones, Nettings. Yo estudiaré el asunto desde otro punto de vista...

—¿Ninguna novedad, inspector?... ¿El señor?... Un colega?... Mucho gusto.

Y, volviéndose a Hewitt, continuó:

—¡Qué cosa tan horrible, señor!... Esto me perjudica mucho... ¡Todo por admitir extranjeros en mi casa!... ¡Un negro asesinado por uno de mis servidores!... ¡Quién lo hubiera dicho!... Este... ¿Usted tiene opinión formada sobre este asunto, señor?... Será la misma del inspector, ¿verdad?... ¡Claro!... ¡Lo que me intriga es la desaparición del cadáver!... Si ustedes averiguaran en ese sentido algo que... algo que pueda interesarme personalmente... les agradeceré que me lo comuniquen... Yo estoy empeñado en el esclarecimiento del misterio. ¡Sería espantoso, espantoso, que el cadáver fuera encontrado, por ejemplo, entre las leñas del depósito!...

Parloteó un rato más y se despidió de los detectives con efusivos apreto-- de manos.

—¡Qué sujeto original este señor Styles! — sonrió Hewitt.

Y dedicóse en seguida a inspeccionar el departamento del negro. A uno de los lados del vestíbulo se hallaba el cuarto de baño, cuyo lavatorio Hewitt examinó con atención. La criada no pudo dar, al principio, informaciones exactas; pero luego, acosada por el detective, terminó por recordar este último detalle que Hewitt consideró de importancia, si bien no se refería a la ropa blanca.

—El señor Rameau tenía un sobretodo marrón. Lo usaba muy raras veces. El sobretodo ha desaparecido.

La portera, llamada a declarar, dijo lo siguiente, acerca del carácter de Víctor Goujón:

—No. No creo que fuera hombre capaz de matar a nadie. ¡Nadie mata a un hombre por una tortuga!... En cuanto al viaje a Francia, creo que Goujón lo venía meditando ya hace tiempo... Seguramente por eso ya no ponía tanta dedicación en su trabajo... A veces se olvidaba la pala o los baldes de carbón en las escaleras...

—Bien. ¿Nadie advirtió el sábado la presencia de ningún extraño en la casa? — preguntó Hewitt. ¿No vieron salir a un individuo cargado con un bulto demasiado grande?...

—No. Mi marido estaba en la planta baja cuando la criada subió a decirnos que había encontrado muerto al señor Rameau. Y mi marido no vió salir a nadie...

En ese momento un empleado del señor Styles se presentó en el departamento. Traía una muestra de la escritura de Goujón, encontrada por el propietario de las casas.

¡Admirable! — exclamó el Inspector Nettings. ¡Ahora tendremos la prueba definitiva!

Hewitt confrontó los papeles, concluyendo:

No es la misma letra. La frase "Castigado por un vengador de la tortuga", ha sido escrita por la mano torpe de un hombre sin ilustración. La letra de Goujón es, por el contrario, pequeña, flúida, segura.

—¡Goujón ! falsificado su letra, entonces!...

Hewitt, encogiéndose de hombros, encaróse con el empleado del propietario:

¿Hay ascensor en la casa?

—No. Hay únicamente un montacargas que se utiliza para la leña y para los paquetes muy grandes. Goujón lo manejaba. A veces subía él mismo en el montacargas desde el subsuelo.

—¿El depósito de leña está en el subsuelo?

—No. El depósito queda debajo de la casa contigua, pero los sótanos se comunican. Usted sabrá que este grupo de casas pertenece al señor Styles.

—¡Ajá!... — Hewitt meditó un instante. ¿Qué nombre de pila tenía el señor Rameau?

—César. Es al menos el nombre que figura en el contrato de locación.

—¿Usted venía a cobrar los alquileres?

—Sí, señor.

—¿César Rameau no le dijo nunca si tenía parientes?

—Me ha' ' ba de sus parientes todas las veces que nos veíamos — inf- mó el empleado. Un día, estando borracho, me aseguró que él era el personaje más importante de la casa. ¡Y hasta me aseguró que su hermano era prin..r ministro!... Cosas de borracho... En realidad, no creo que jamás n. haya hablado en serio de su verdadera familia. Nosotros no teníamos por qué hacer averiguaciones al respecto. El señor Rameau alquiló la casa gracias a los excelentes informe que acerca de él nos dió una institución bancaria.

Hewitt se acercó al inspector Nettings e 'izo a éste los siguientes comentarios:

—El papel encontrado en la pieza es ordinario y está escrito con tinta roja. Ram- u usaba papel de muy buena calidad y en el departamento sólo hay un frasco con tinta azul. E- decir que el papel fué escrito en otra parte y traído aquí... Conclusión- el crimen ha sido premeditado...

—¡Tanto peor para Goujón!

—¿Usted cree?... No. Goujón no tiene nada que v.r en este asunto... ¿Quién se llevó el cadáver, según usted, el mismo Goujón?...

—Es lo que trataré de averiguar.

—Yo le facilitaré la tarea, Nettings. Escuche: el cuerpo fué llevado por alguien a quien usted conoce. Le diré más, usted ha pronunciado hoy el nombre de esa persona.

Nettings miró perplejo al colega y articuló:

—Pero... ¿ese personaje que se llevó el cuerpo es, al mismo tiempo, el que cometió el crimen?

—¡No!... — exclamó Hewitt. ¡El que se llevó el cuerpo es inocente!... Yo iré a interrogarlo... ¡Será un testigo interesantísimo!

—¿Esa persona habría presenciado el drama?

—Es muy probable.

Nettings objetó:

—Su hipótesis me resulta excesivamente complicada. Salvo que usted se quiera referir a la criada... o a la portera... Yo opto por la más sencilla: Goujón es el autor del crimen ¡Lo importante es atrapar a Goujón.

—¡Hum!... — replicó Hewitt, diciendo. — ¡¡Lo importante, amigo Nettings, lo realmente importante, es consultar un mapa del mundo!

—¿Cómo dice? — boqueó Nettings.

Pero Hewitt lo dejó sin respuesta, abandonando el departamento. Nettings se volvió entonces al empleado del señor Styles:

¿Ha entendido usted algo de lo que ha dicho mi colega?

—¡Ni una palabra! — confesó el empleado. Excepto... eso de que usted había pronunciado el nombre del criminal. Y me temo... ¡que su colega se haya referido al señor Styles!... Es el único nombre, además del de Goujón, que le oí pronunciar a usted.

Un rato después, Hewitt llamaba por teléfono a Nettings, para preguntarle:

—¿Y?... ¿Consultó el mapa?

—¿El mapa? — indignóse el inspector —. ¡Déjese de bromas, hombre!

—No era una broma. Yo he consultado el mapa. Mi pesquisa marchaba a las mil maravillas... En América hay una isla que se llama Haití, habitada por negros, sobre todo en su parte occidental. Las revoluciones se suceden allí semanalmente y son sangrientas. Entre las familias negras de la isla, el odio político llega a todos los excesos imaginables... Hay, cerca de Haití, una pequeña isla a donde se destierra a las autoridades depuestas... ¡La isla de la Tortuga!... Los naturales que hablan francés, la llaman "La Tortue"... ¿Comprende usted ahora el sentido del papel prendido al pecho de César Rameau?... ¡Y en Haití hubo un primer ministro que se llamó Septimus Rameau!... ¡Septimus Rameau envió mucha gente a la isla de la Tortuga!... ¡Y César Rameau es, sin duda, hermano de aquel primer ministro! Si el papel no hubiera estado escrito todo en letras mayúsculas, hubiéramos comprendido en seguida que la tortuga no podía ser el animalito de Goujón... Hasta luego, Nettings... Olvídese de Goujón... y dedíquese a la búsqueda... ¡de un negro de Haití! ¡Por allí está el secreto del drama! Yo haré lo mismo. ¡Ese negro es el que llevó el cuerpo!

—¡Y el que cometió el crimen! — exclamó Nettings.

—¡No! — corrigió Hewitt. — ¡Ese negro estuvo presente, nada más!

—¿Para qué se llevó el cuerpo, entonces?... ¿Y quién cometió el crimen?... ¿Otro negro?... ¿Se trata de una banda?

—Desde luego, se trata de una banda — dijo Hewitt —. Pero... lo único importante es atrapar al negro que se llevó el cuerpo!

—¿Cómo?... ¿Y, el criminal no le interesa?

—Esa parte de la pesquisa... se la dejo a usted, amigo Nettings.

Hewitt colgó el fono. Nettings, definitivamente mareado, se empeñó en vano por descifrar aquel enigma. Después de esta conversación telefónica, Hewitt se dedicó a interrogar a los cocheros que tenían su parada en la plazoleta próxima a la serie de casas. Dos horas tardó en averiguar lo que necesitaba saber: quién había llevado a un pasajero que vestía sobretodo marrón. Un cochero le informó, por fin:

—¡Ah, sí!... Creo que tomó el coche de Bill Stamers. Era un tipo alto y fornido. Yo lo vi. Llevaba un largo sobretodo marrón y se había levantado el cuello. Tenía el sombrero encasquetado hasta los ojos... Creo que llevaba también una gran bufanda blanca... Pero ahí llega Bill Stamers... El sabrá informarle mejor...

POR

ARTURO MORRISON

◉

ILUSTRACION DE

Parpagnoli

Dos minutos después, el venerable cochero, Bill Stamers daba a Hewitt preciosas indicaciones. Y el detective se dirigió a la estación de ferrocarril, donde, luego de interrogar a los letreros y guardas, tomó el tren para trasladarse a una localidad cercana.

A la mañana siguiente, el detective Hewitt penetraba en el despacho del inspector Nettings:

—Buenos días — saludó —. ¿Cómo va esa pesquisa? ¿Ha demostrado usted ya la culpabilidad de Víctor Goujón?

—¡Insisto en que no es necesario demostrarla! ¡He llegado a la conclusión de que la banda de negros utilizó a Víctor Goujón para cometer el crimen. De esa manera se concilian su hipótesis y la mía.

—Entonces... lamento comunicarle que se equivoca, amigo Nettings. ¡Yo he atrapado al criminal! ¡Y ese hombre no es Víctor Goujón!

—¿Quién es?... ¿Donde está?

—Está en un calabozo. Ya le diré quien es. Pero permítame explicarle cómo pude orientar mi pesquisa... Lo que desde un principio me sorprendió fué saber que el cuerpo había desaparecido a pesar de que le habían prendido un papel en el pecho... ¿Para qué dejaban esa leyenda de venganza en el pecho del cadáver?... ¿Con qué objeto pusieron el papel? Evidentemente, para que se supiese que se trataba de una venganza. Y si lo prendieron en el cuerpo de César Rameau era porque no pensaban llevarse el cuerpo. Esto demostraba que el que se había llevado el cuerpo no era el mismo que había descargado la pala sobre la cabeza de Rameau.. Luego examiné el departamento. Había una mancha de sangre vista por la criada. Pero no había ningún otro rastro de sangre entre el diván y la puerta. Si el cadáver hubiese sido arrastrado, hubiéramos visto algunas manchitas, por lo menos... Otro detalle: en el departamento faltaba un sobretodo. Y... ¡aquí está la clave del asunto!... ¡en el baño no había ninguna toalla en uso!... Me parece que el misterio queda aclarado.

—Para mí, no — confesó Nittings —. ¿Se llevaron en brazos el cuerpo de Rameau? ¿Le pusieron el sobretodo?... ¿Limpiaron las manchas con la toalla y se llevaron ésta?

—No — dijo Hewitt —. Recuerde usted que quien se llevó el cuerpo no era el que había asesinado, el golpe con la pala, según quedaba demostrado, por la presencia del papel.

—¡Basta — gritó Nittings —. ¡Renuncio a descifrar el enigma!... Tenga la bondad de exponerlo sin formularme más preguntas. Ante todo: ¿quién mató a César Rameau? ¿Cómo detuvo usted al asesino de César Rameau?

Hewitt sonrió.

—Nadie mató a César Rameau.

—¿Cómo que no?... ¿No dice usted que el criminal ya está en el calabozo?

—En efecto.

—¿Y entonces?...

Hewitt encendió un cigarrillo, tomó asiento y afirmó:

—Usted carece de imaginación, Nettings. No quiero atormentarlo más. César Rameau no ha sido asesinado. César Rameau fué herido, nada más que herido por un negro de Haití, que deseaba vengarse por ciertas cuestiones políticas. Ese negro utilizó la pala que Víctor Goujón se había dejado, como también otras veces, olvidaba en la escalera. Ese negro huyó por el montacargas, saliendo a la calle luego de atravesar el subsuelo que comunicaba con las casas vecinas. Usted sabe que el cráneo de los negros es increíblemente duro. El golpe produjo una herida a Rameau, desvaneciéndolo. El otro negro lo creyó muerto, le prendió el papel en el pecho y se marchó. Llegó luego la criada, que sufrió un desmayo de diez minutos, y sufrió arriba otro largo desmayo. Durante este segundo desmayo de la criada sucedió lo siguiente en la salita de Rameau. Nuestro hombre volvió en sí; se aprestó con la mano; se incorporó; fué al baño, se lavó la herida; se envolvió el cuello y parte de la cabeza con una toalla, en forma de contener la hemorragia; tomó su sombrero y su sobretodo... y se largó a su vez por el montacargas. ¡Eso explica la desaparición del sobretodo y de la toalla!... Quién se llevó el cuerpo no fué... el mismo Rameau... El crimen, pues, no había sido cometido por Víctor Goujón... el autor del crimen es...

—¡Qué tonterías está diciendo, hombre!—prorrumpió Nettings, violentamente —. ¡Quedamos en que Rameau se llevó su propio cuerpo, y ahora insiste en hablarme del crimen.

—¡Pero, amigo Nettings!... ¿Y no pensó usted que Rameau pudo morirse después a causa de la herida?

—¡Si usted mismo me ha dicho hace un instante que nadie mató a César Rameau!

—Cierto. César Rameau no ha muerto.

—¡Por fin, hombre! ¡Ahora sí que ha hecho usted una afirmación categórica!... Me alegro por Rameau... Esto terminó... ¿Quiere enterarse de las novedades?...

—El asunto ha terminado, sí — dijo Hewitt —, pero mi explicación, no. ¿No le he dicho que el criminal está en el calabozo?

—¡Hoy tiene usted ganas de bromear, amigo Hewitt — sonrió nerviosamente el inspector. — Le haré el honor de seguirle la broma. ¿Quién es el criminal detenido?

—Pero... — extrañóse Hewitt —. ¿No lo ha adivinado aún?... ¡El criminal es César Rameau!

—¿Eh?... ¿Qué?... ¿Cómo?

—Sí: César Rameau... Nuestro negro se largó por el montacargas, comprendiendo que su atacante había huído por allí y no por la escalera... Como había perdido la noción del tiempo, supuso que su rival podía estar todavía cruzando el subsuelo de las casas. No encontró al compatriota. Salió a la calle, tomó un coche en la plaza, se trasladó a una estación de ferrocarril y fué a buscar al otro negro en un pueblo cercano... Y, por la noche, cuando el otro negro llegó confiado a su casa, Rameau le dió muerte de un balazo... Ahora sí que la explicación ha terminado... ¿Quiere enterarme de las novedades?

Nettings, mudo de asombro, tendió maquinalmente a su colega un papel. ¡En ese papel se le encargaba investigar la muerte de un negro asesinado de un balazo en un pueblito de los alrededores... ¡Era el negro que había muerto César Rameau!







★ ¡Cruz Diablo! ★

CORRAL de palo a pique. La novillada enardecida por el aparte, muje en medio de aquel retazo de campo polvoriento, donde tienen lugar las operaciones, moviéndose de un lado a otra, inquieta y rugiente como una tormenta...

La mañana azulada aun por los reflejos del alba, enciende en las cosas suaves destellos, que contrastan con la inquietud de las bestias, cuyos belfos humeantes, despiden vapor de fatiga.

Los caballos, una docena de caballitos criollos, de poca alzada, pero de gran resistencia, movidos por el continuo azotar de los rebenques, van ordenando, a pechazos, la hacienda, que, en ocasiones, arrinconada en alguno de los costados del corral, parece pugnar por romper la resistencia que ofrecen los duros postes de ñandubay, que crujen al empuje aquel, como si se quejaran de ser tratados tan desconsideradamente...

A campo abierto, a pocos pasos del lugar de la yerra, se han preparado las hornallas, donde los asadores muestran ya, en el dorado lamer del fuego, media docena de hirvientes costillares de capón, que están haciendo agua en la boca de los enlazadores...

Y es tan típico el ambiente, y hay tanta sinceridad nativa en aquella mañana de faena campera, que no falta la china puestera del establecimiento, que pone en ella una nota policroma, con su vestido de percal floreado y aquel pañuelo celeste, con que ha pretendido disimular sus grandes senos de vaca Durhan...

¡Ah, china linda! Si cada vez que va y viene con aquel jarrito enlozado en que ceba mate amargo, se diría que es como un soplo de pampero, poniendo en el ardor del momento, una ráfaga de fresco saludable, con su gran sonrisa y su lozana y contagiosa desenvoltura...

Inclinada como una planta, sombreante sobre la trebe que hurtiene la pava, ennegrecida del te mo de la bosta, su reluciente de semblante moreno se enciende como una brasa; toma el lantaierte con el borde de del cirl listado y mientras ceba tes y arrón, sus ojos parpadeantes humo, llorosos por el rigor del antojo, parecen humedecerse de lado de bajo aquel aterciopegras... sus largas pestañas nemate, y cuando ya ha cebado el bre que lo va a servir al hommata espera, se diría que rela pera operación aquella, con ción fersidad de su gran atracel entomenina, mirándolo con pilas hinado de sus grandes puco medas, mientras el disr maravilloso de sus labios rojos, deja ver dos hileras perfectas de dientes blancos y promisores de lejanos y ocultos deleites que, por lo general, nunca se cumplen.

Pero esta viviente maravilla, que como trébol, ha nacido en la cuna de gramilla de los campos, suele ser también bravía cuando la tocan o la ofenden, como si no obstante toda su ternura, se convirtiera de pronto, por una ruda transformación, en flor de cardo...

2

Ya la tarea de los mensuales ha terminado. El corral ha ido paulatinamente despoblándose de bestias bravías que mugen marchando en una interminable hilera a través del campo, el dolor de aquellas dos operaciones brutales, de castrar y marcar a la vez, lo cual al asegurar el engorde del ganado de la estancia, señalará la hacienda con la dura prueba de una marca de fuego, que ha de llevar para siempre jamás, como un tatuaje sobre las ancas peludas... Sólo queda un novillo, el último quizá del lote aquel de ganado chúcaro, que ha poblado de aspas el corral.

Y ha de ser tal la furia de la bestia, de haber soportado el duro suplicio de la embretada, que en aquel ángulo en que ha quedado parada, está sacando la cabeza y escarbando el suelo con la cachetada de sus pezuñas delanteras, como si estuviera retando a duelo a aquellos "salvajes unitarios" que sin compasión alguna, le han hecho morder el polvo de la derrota...

El capataz a quien el paisanaje del lugar apoda con el mote de "Barroso", y que es tan conocido como el caballo del mismo pelo en que siempre suele andar, está allí, apoyado de codos sobre el travesaño superior de la tranquera, esperando que aquel novillo, a quien los peones tratan de espantar con gritos y alguno que otro agitar de ponchos en el aire, abandone el corral, para dar por terminada la faena.

Pero el "trompeta" de animal no cede. Con los ojazos turbios y un rencor siniestro en ellos, sigue escarvando la tierra, que agitada por el viento pampero, barre el corral y ciega a la gente que lo rodea.

Entonces un paisano se decide. Echa mano al facón para cerciorarse si en verdad está en su sitio y medio tambaleante (porque la caña y la ginebra ha corrido que es un "calor" entre el paisanaje), penetra al corral resuelto, a torear el novillo aquel, que está más enfurecido que un tigre acorralado...

El capatáz mira aquella escena con cierta prevención dentro de su coraje gauchesco. ¡Al fin y al cabo, es el responsable de todo lo que pase en aquella mañana de trajín campero! Y aun cuando entre él y el mensual, existen viejas divergencias, que bien podrían quedar solucionadas, en un golpe certero de aspas del novillo, siente, como criollo que es, el asco que le da su gran coraje, el cual no le permite que un hombre así "medio pasao", vaya a morir tan sonsamente...

Pero como no hay tiempo que perder y el gaucho aquel, el mensual, ha seguido avanzando derechito al buey, que lo mira enardecido, el capatáz, ajustándose de un tirón el nudo del pañuelo que le ciñe el cuello, salta sobre los palos del corral, y se coloca en una impronta actitud de alerta que llena de expectativa al paisanaje.

¡Gran siete! ¡Si ya la bestia está sobre su presa!

El novillo, que ha visto aquel avance imprevisto, pero medio indeciso del gaucho, lo mira, alzando alto, muy alto, su cabeza enhorquetada de púas y sacudiéndola un instante, como para dar mayor decisión y empuje a la bárbara idea de exterminio que lo domina, escarbando el suelo con furor de pantera enloquecida, lo atropella. El paisano que lo ve venir así, como un relámpago, siente que un temblor le afloja las piernas y queda como alelado en medio de aquel corral polvoriento, que está teñido con sangre de bestia, y que ahora también parecería querer mancharse de sangre humana.

Y cuando ya el gaucho ha perdido la partida y va a correr, buscando la salvación de su vida, el novillo más enfurecido aun con aquel renuncio de lucha, lo alcanza en una loca atropellada y tomándolo con ambos cuernos por la cintura, lo aventa en los aires, como una bolsa de huesos...

Entonces un electrizamiento paraliza la atención del paisanaje, y es que el "Barroso", el capataz de la estancia, el enemigo de aquel gaucho camandulero y atrevido, que ha ido de puro gusto a buscar la muerte, corre al encuentro del animal y tomándolo de los cuernos, le tuerce la ruda testa, hasta hacerle clavar las aspas en el suelo.

¡Ah, Barroso bravo! ¡Si parece allí, en medio del corral, frente a la bestia enfurecida, un gladiador romano, derribando con la fuerza hercúlea de sus músculos de acero, una columna de piedra!

El peón, al verse libertado por aquella intervención oportuna del capatáz, como quien escapa de una catástrofe, va a iniciar la carrera, pero le detiene la voz categórica de éste: "¡Párese, maula y ayúdeme a tumbarlo!"

Entonces se ve cómo el hombre aquel, reaccionando y volviendo a su integridad de gaucho, después de sacudir la cabeza, como lo hiciera el propio novillo, antes de atacarlo, asume la responsabilidad que estuvo a punto de abandonar y con un brusco retorcimiento de la cola, ayuda a echar en tierra al animal, que cae dando un feroz bramido. Pero "Barroso", que insiste en salvar aquella vida que casi se extingue por una broma, ordena con un imperativo categórico, que no da lugar a réplica: "¡Mándese mudar, amigo; no ve que lo van' achuriar...!"

Y apenas ve que el gaucho ha traspuesto la tranquera del corral, poniendo a salvo su inconveniente situación de borracho, el capatáz, con un movimiento que tiene más de salto felino, que de acción humana, homa al novillo de la cola, mientras éste, levantándose, no con poco trabajo, inicia hacia la puerta del corral, un galopito manso, que traduce a las claras su apocada voluntad de vencido.

Esta actitud, por cierto, ha puesto un vago clamor de aprobación en el aire, que se exterioriza en un "¡Ta güeno!" con que los peones salen de aquella especie de ahitamiento, en que los ha colocado la fugaz escena. Las mujeres asisten con los ojos grandemente abiertos y absortos, la "corajeada" del capatáz; pero más expresivas que aquellos, con grititos de tero, forman algarabía ponderatoria alrededor del gaucho.

En tanto el borracho, que ha pasado por la dura prueba, de estar a un palmo de la muerte, espera silencioso, el paso de "Barroso", parado a dos metros de la tranquera.

Y como aquella escena lo ha rebajado enormemente ante el gauchaje y el mujerío, taimado *siempre, aprovecha la oportunidad* para vengar el ultraje, tirándole una puñalada, que "Barroso" ve venir como un relámpago...

—"¡Chá, gaucho sotreta, entuavía no te has acobardao...!"

Y cuerpeándole al golpe del acero, da un empujón al borracho, que va tastabillando a caer a unos metros de distancia, clavado en su propio puñal!

3

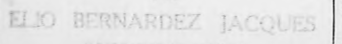
En un carro de pértigo, entre un montón de marcas, cueros, cinchones... el muerto, de espaldas, rígido el cuerpo, parece mirar el cielo de aquel aquel atardecer de púrpura...

Siguen el carro, una media docena de gauchos, entre los que va "Barroso".

Las vacas diseminadas por el campo, se espantan al paso del carro, como si comprendieran la trágica carga que va en él.

Y cuando después de dejar al muerto, cada cual regresa a su rancho, un grito de lechuza hace estremecer a "Barroso", que taciturno se persigna, como con miedo de ser el culpable de aquel inesperado crimen.

—"¡Cruz diablo...!", exclama. Y taloneando su caballo, se hunde silenciosamente en la noche sombría...



Museo de la Confusión

Cierto locador que responde al nombre barón de La Roche ha tiempo por causas sospechables se quedó sin inquilinos. Desde entonces su propiedad ostenta un merecido cartel con la baldía inscripción Se Alquila. Una de las dependencias de la inhospitalaria vivienda se titula La Madre y la Hija, y dice así:

Sentados hallábanse frente a frente...
la madre ya junto al brasero, que desenredaba una madeja que formó nudos;
ella, en un rincón del cuarto tejiéndole una bufanda para resguardarse del frío
que llegaba a las entrañas.

Es de lamentar el trabajo inútil que se está tomando esta señorita para contarrrestar los efectos de la baja temperatura de los menudos. Penélope, ciertos arácnidos. Juan Tejedor, etc., le podrían haber enseñado que una boa, una bufanda, una gola, apenas si dan abasto para recubrir una limitada porción del cuerpo, como ser el cuello. También la podía haber asesorado aquella expresión tan conocida y castiza que dice, después de pasar por la censura: la madre, la hija y la manta que las cobija, y no la bufanda que las cobija, como pretende la tejedora del poema.

★

El locador se vuelve después completamente locatelli en una composición titulada ¿? y cuya respuesta más conveniente sería el manicomio y el chaleco de fuerza. He aquí algunos buenos fragmentos:

Y cuando ese rudo golpe a la nostalgia
que al futuro en el tiempo nos cerraba,
que cuando en un día nuevamente nos aviste
queriéndonos detener en sus miradas de fuego,
pensando,
con nuestro pasado recordando,
desenlazarnos del camino,
a su camino sin fin, ignoto,
que a paz tiempo nos habla
tú en mis remos entonces colocada, las plegaba las tuyas,
mi remo la tuya se dejó entre los remos
y así fuertes fundidos en ese don divino que íbamos
íbamos más de ese mundo huyendo al país del Olvido.

Después de esto sólo nos cabe aquello de: el desenloquecedor que lo desenloquediera, buen desenloquecedor será.

★

La poetisa Alfonsina Storni también tiene sus momentos de sanatorio y muros tapizados. Expresa en el poema Capricho:

¿Con quien me has confundido, oh precoz primavera
De mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado?
¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado
Creíste que era un árbol o alguna enredadera?

No creo en la precocidad de esta estación que supone que una enredadera pueda estar de pie y llegar a grandes alturas hallándose solitaria en medio del campo sin una escalera donde treparse o un palenque donde erigirse. La viveza de esta primavera se pone de manifiesto nuevamente en la cuarteta que sigue:

¿Confundiste mis ojos con dos flores de cardo?
¿Mis cabellos con una dorada pelusilla?
¿Con un fruto ligero mi apagada mejilla,
y mi Coty con una emanación de nardo?

Coqueterías de la conocida musálla. Bien sabe ella que es imposible encontrar analogías entre el mal de ojo y la botánica, entre una calva 'esta y un abanico de plumas, entre la cáscara de basura y el mejillón o entre un zorrino y una emanación de bardo.

★

Cierta preocupada revista correspondiente al 20 de febrero, en una sección denominada El A. B. C. de las Madres, dá normas para la oratoria de nonatos, y otros microorganismos. Dice entre otras cosas refiriéndose a estos ejemplares:

Así que pueda articular algunas sílabas será ocasión de enseñarle a pronunciar el santo nombre de Jesús, que probablemente él pronunciará "Tesús" a causa de la dificultad de la j; al mismo tiempo se juntarán sus manecitas y se le hará contemplar un cuadro de la Virgen y el niño.

La pedagogía no nos dice cómo continuará esta enseñanza de historia sagrada, lo cual es de lamentar, pues las verdaderas dificultades recién van a surgir más adelante cuando haya que enseñarle al nenúfar a pronunciar el Santo nombre de Judas que él pronunciará Tudas por la dificultad de la j y haya que mostrarle el cuadro de Juan de Juanes o Tuan de Tuanes, La Ultima Cena, obligándolo a recubrirse con barbas postizas, aureolas y a escribir el número 13 que el niño escribirá 14 por la dificultad del segundo guarismo. Dificultades análogas se presentarán al mencionar el nombre Jonás y al hacer uso de gobelinos, mapas, tapices y estatuas correspondientes al distinguido cetáceo y a su alimento, mientras al bebe lo tenemos rodeado de escamas y metido en una bolsa. Otros consejos:

Cada vez que su madre le coloque una prenda (abrigo, sombrero, zapatos, etcétera), acompañará la acción con el nombre.

Salvo algunas excepciones, como ser: cuando la madre le coloque un babero, debe evitar cubrirlo de baba; cuando le ponga los zapatos no es conveniente agarrarlo a patadas, como tampoco es necesario al ponerle el abrigo, comenzar a sudar copiosamente hasta el punto que se caiga el empapelado de la pieza y se agote la capa aisladora. Después se explica:

Esto es convnelente para que sepa asociar los nombres que aprenda a las acciones o a las cosas; de este modo, la simple vista de ciertos objetos le sugerirá la idea de los actos



correspondientes: sombrero, paseo.

Por ejemplo, el niño ve una percha y se cuelga inmediatamente, ve un cigarrillo y llena de ceniza toda la casa, descubre un paraguas y se sumerge en la bañadera, sorprende una taza de café y llena de achicoria el living-room, avisora una muleta y comienza a renguear, se para frente a la Enciclopedia Británica y dice dadá, etc. Sobre el poderío gramatical del nene informa la preceptora:

La idea del adjetivo y del verbo le será fácil adquirirla al manejar los objetos: grande, pesado, caliente, dar, volver, subir, caer, tocar, dejar...

Yo creo que lo mejor que puede hacer el bebe cuando le dan un objeto grande, pesado y recién sacado de la fragua es dejarlo caer y no volver a tocarlo así sufra la sintaxis, el punto y coma, el pronombre posesivo y la diéresis o crema. Sobre la dificultad que ofrece el pronombre en sus dos formas yo y me para el nonato, dice la institución:

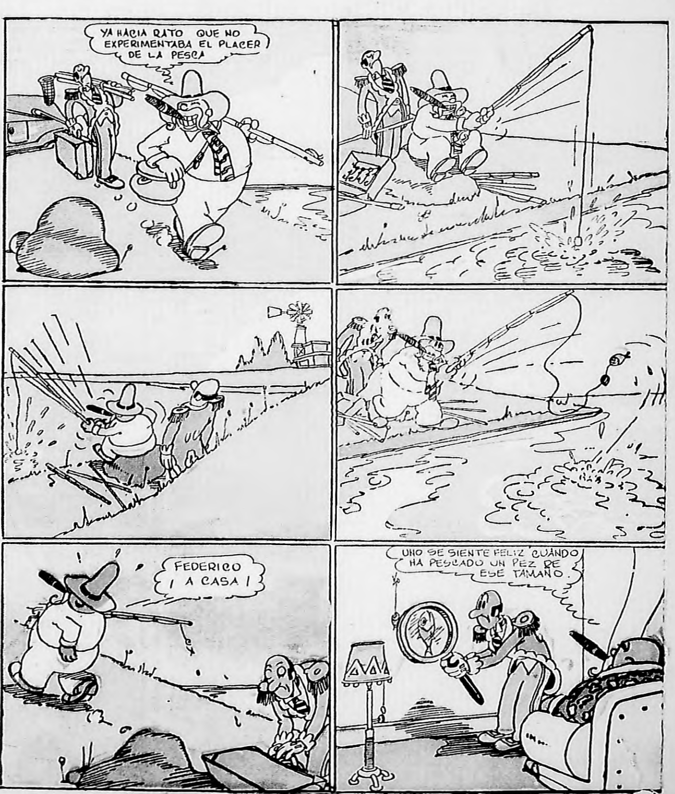
El niño no comprende cómo él mismo pueda designarse en esas dos formas. Si se le llama Luis, él comúnmente hablará de sí mismo con este nombre y dirá: "Luis tiene hambre", en vez de "tengo hambre". Cuando llegue a decir: "Yo corro, tú atrápame", ya estará en situación de hablar corrientemente.

Ante todo no creo que la mejor manera de enseñarlo a diferenciar un pronombre de otro sea matándolo de hambre y obligándolo a decir cada cinco minutos, Tucidides tiene hambre, Testoni quiere desayunarse, etc.

Dudo también que la frase yo corro, tú atrápame, dé buenos resultados como para mantener una conversación, sobre todo si al correr, uno se sube a un tranvía y nuestro interlocutor se ve precisado a alquilar una motocicleta para tratar de alcanzarnos y dar su opinión. Es indudable que cuando el párvulo consigue decir: yo rajo, tú cáchame, ya estará en condiciones de jugar a la rayuela correctamente.

Animula Vágula

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez





Origen de los Naipes

EN un artículo anterior hemos visto cómo, gracias a la labor paciente y obstinada de un puñado de hombres de ciencias, se ha logrado descorrer en parte las tinieblas que nos impedían retroceder en la historia.

Sabemos que la raza roja fué de las primeras civilizadas que vió el mundo. Posteriormente, los negros, fundadores del Imperio del Dragón, se formaron una cultura muy amplia, aunque siempre inferior a la roja, y la que después alcanzó la raza blanca.

Los negros formaron centros religiosos especialmente en el Alto Egipto y en la India. Su organización social consistía en una teocracia absoluta. Los socerdotes poseían conocimientos profundos, entre ellos el principio de la unidad divina, y cultivaban el estudio de los astros, a la manera de los astrólogos. Sin embargo, esta raza fuerte y enérgica, se caracterizaba por su brutalidad, y las masas sólo eran dominadas por el terror, en este caso el fabuloso dragón, emblema de los reyes.

El recuerdo de la dominación negra subsistió en Europa, sobre todo por el horror al dragón, animal que si bien nadie nunca vió, era el símbolo de la tiranía y de la opresión negra.

La Tradición Negra ha sido casi perdida, pero se encuentran huellas importantes en el Africa Oriental. Es una tradición que se ha especializado en el estudio del "plan astral" y en la evocación de sus espíritus o demonios.

Se cree fundadamente que esta tradición existe aún en la Abisinia, donde la raza negra aún no ha degenerado como la del resto de Africa. Pero lo que se sabe con certeza, es de la existencia de sociedades secretas, entre los negros del mundo entero, y que es una desnaturalización de los centros antiguos de iniciación, como la de Franc-Masonería con respecto a la tradición blanca.

Estas sociedades, practican la religión del Vudú, llamada también Ley de la Culebra, que subordina todos sus adherentes a una obediencia ciega, a las órdenes de un jefe o Papaloi. Estas sociedades han caído en el más bajo sensualismo, y no les desagradan los socrificios humanos; en algunas partes, han debido reemplazarlos por animales, bajo la presión de colonizadores blancos.

Es curioso señalar que la Culebra, que da su nombre a estas asociaciones, parece representar el símbolo que la tradición blanca llama "la serpiente de las grandes fuerzas ocultas", nombre por medio del cual, los iniciados de la Edad Media, por alusión a la Serpiente del Génesis, designaban las corrientes de la gran energía cósmica.

Según Seabrook, el notable autor de "La isla Mágica", parece ser sobre todo en las Antillas donde esta asociación tomó un gran desarrollo; a ella se debería la rebelión de los negros contra sus opresores. En Haití tuvo largo tiempo su sede principal, y los jefes negros eran — y son — muchas veces afiliados al Vudú.

Seabrook ha tenido ocasión de presenciar numerosos ritos, algunos de ellos bastante extraños, que permiten relacionar esta secta con los depositarios de la tradición negra.

En cambio, los portentosos progresos de la raza blanca antigua y particularmente sus conquistas de orden moral y religioso, no se han dispersado o desnaturalizado como las de los negros. Inútil decir que ha sido, y sigue siendo un esfuerzo titánico, tratar de reconstituir la síntesis de la ciencia hermética.

Es sabido que los egipcios —a quien nos referimos principalmente — se valían para sus escritos, del jeroglífico o "escritura sagrada".

Se suponía que los jeroglíficos encerraban una manera de expresión solo conocida de los sacerdotes del templo, de ahí su nombre de "escritura sagrada", pero los descubrimientos posteriores y sobre todo los trabajos de Champollión demostraron que se trataba de escritura corriente. Pero en realidad los sacerdotes hacían uso también de cierto simbolismo para su comunicación entre iniciados, y es ésta la interesante conclusión a que ha llegado el famoso ocultista Charles Lancelin, aumentando el aporte de las tradiciones, con las de un verdadero libro.

Este libro, que todos hemos tenido, que siempre nos ha procurado ratos de esparcimiento, y al cual nunca hemos prestado la más mínima atención, es el mazo de naipes.

Esas figuras familiares del truco o del "bridge" resumen, según verdaderos eruditos, todo fabuloso saber de los antiguos egipcios.

Dice el profesor Lancelin: "En los tiempos de su esplendor, la gran Universidad de Egipto comprendió que nada es eterno en la tierra, y que vendría un día en que ella desaparecería en alguna tormenta política, religiosa, guerrera o cósmica. Pero no quiso que con ella desapareciese toda la suma de conocimientos acumulados en siglos de civilización y que enseñaba a sus iniciados".

Se resolvió entonces establecer un resumen, pero preparado en una forma particular, de manera que los profanos no adivinasen el sentido. Para los iniciados, sería en cambio una guía y una ayuda para la memoria.

Los maestros del santuario idearon entonces la forma pantacular, cuya esencia sólo puede ser comprendida de un iniciado. En ese resumen establecieron 78 cuadros en concordancia íntima los unos con los otros, en forma de presentar cada uno un interés particular y diferente. Para acrecer aún las dificultades, los pantáculos (figura constituyendo la expresión sintética de una idea) no fueron escritos o dibujados en la forma corriente, sino disimulados en la actitud, el ropaje, la pose o los accesorios del personaje alegórico. También se utilizaron figuras de sentido oculto, en disposiciones especiales, formándose cuatro series: oros, bastos, espadas y copas.

Los estudios realizados por eminentes ocultistas han permitido concluir que estas figuras representan, respectivamente, a las cuatro divisiones de la ciencia general y de la física antigua, a saber: agua, aire, tierra, fuego. Estas denominaciones modestas corresponden a otras más amplias, es decir, por el agua, entiéndase la Teogonía, por el aire la Cosmogonía, la Fisiogonía por tierra, y la Androgonía por el fuego.

Una vez realizado este trabajo, se hicieron grabar estas 78 series de pantáculos sobre láminas de oro, que quedaron en el templo, y reproduciones en papiro, pergamino o metales vulgares, fueron repartidas a profusión entre el pueblo.

Los sabios sacerdotes habían especulado sobre seguro. La sola cosa inmortal en la tierra, es el vicio del hombre, y la pasión por el juego, la más vigorosa. Indudablemente que esas cuatro series de cartas idénticas entre ellas, aunque diferentes por sus elementos constitutivos, daban en seguida la idea de un juego de azar parecido al de los dados, pero prestándose a más complicaciones.

El juego fué creado y multiplicóse. Bajo esta apariencia los naipes sagrados circularon por todo el mundo, "manejados ávidamente por el jugador, curiosamente por el pensador y respetuosamente por el iniciado" — como dice Lancelin — "que encontraba en ellos la síntesis de la enseñanza recibida en el templo y la clave absoluta de la ciencia de los maestros".

Es entonces, gracias al vicio del hombre, que los vestigios de un antiguo centro de estudios han llegado hasta nosotros a través de los siglos.

Demás está hacer resaltar que los actuales juegos de cartas no deben responder a los originales de Egipto, pues son incontables las modificaciones que forzosamente han recibido en su paso por los años y por diferentes pueblos. Las mismas necesidades del juego, hicieron suprimir ciertas figuras, el número de pantáculos varió y las modificaciones sufridas hicieron que las figuras no concordaran entre ellas, desde el punto de vista pantacular.

La llamada "baraja española" se la supone con causa, anterior a la francesa, pero en la actualidad, se cuentan once clases de "Tarots" diferentes y que se componen de 32 a 78 naipes.

El Tarot sacerdotal de la antigüedad (1) ha sido casi reconstruído hoy día, gracias a los trabajos de Postel, Osvaldo Wirth y del Dr. Encausse. Esta reconstitución ha sido hecha en dos tipos: el original o egipcio, y el tipo corriente o Tarot de Bizancio, realizado por Wirth.

Su interpretación no está aún concluída, y es una tarea de largo aliento. Bourgeat, Levy y J. A. Vaillant son los que más han trabajado en esa labor de interpretación. De todos los juegos que pueden efectuarse con las cartas, éste ha de ser, sin duda, el más noble y el más cautivador.

por Carlos Velarde

(1) Tarot, del italiano "tarocco", que sirve para designar las cartas cuyo reverso está adornado o grisado.

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim

















